

Selección TERROR

HOTEL INFIERNO

Adam Surray

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

SELECCION

TERROR

ISBN 84-02-02506-4 Depósito legal: B. 27.391-1981
Impreso en España - Printed in Spain
1° edición: octubre, 1981

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallès (N-
152, Km 21,650) Barcelona - 1981

CAPITULO PRIMERO

Nicholas Grahame nunca fue un individuo atractivo.
Tenía los ojos demasiado saltones. Unos ojos de sapo adornados con unas cejas muy
pobladas y negras. La frente abombada. Como si hubiera recibido un martillazo en ella.
Pelo escaso. Tirando a semicalvo. De ahí que sus grandes orejas destacaran
poderosamente. No.
Nicholas Grahame no era atractivo.
Y ahora, en aquella caja de madera, lo resultaba menos.
Estaba muerto.
La muerte no favorecía a Grahame. Demasiado pálido. Era como un horrible maniquí de cera. Un maniquí de tienda modesta. Con su traje nuevo. Un traje oscuro. La chaqueta le venía grande. Casi le ocultaba las manos. Al igual que el pantalón. Un pantalón des -
proporcionado. Los zapatos, correctos. De desgastada suela, pero a su medida. La camisa blanca y la corbata negra. A juego con el traje oscuro. Lógico.
Nicholas Grahame estaba de riguroso luto. Era su propia muerte.
Una muerte estúpida para un hombre como Grahame. Accidente de tráfico. No respetó un stop.
—¡Eh, amigo!... ¿Nos vamos ya? Walter Lemmon respingó.
Apartó la mirada del cadáver para posarla en los dos individuos que permanecían junto a la puerta.
Los de las pompas fúnebres.,
Los dos individuos obedecieron con prontitud. Querían terminar cuanto antes aquel
trabajo. Había otros muchos pendientes. Eran muchos los muertos en una ciudad como
San Francisco.
Sacaron el ataúd del depósito de cadáveres del Brake Hospital.
—¿Tenemos que esperar a alguien?
—¿Cómo?...
—¿Alguien más acompañará al cadáver?
Walter Lemmon denegó con un leve movimiento de cabeza.
No.
Nicholas Grahame había cosechado pocos amigos en vida. Más bien enemigos. Nadie
lloraría su muerte.
Ni tan siquiera Walter Lemmon.

El féretro fue introducido en el coche fúnebre.
—¡Señor Lemmon!...
Walter Lemmon contempló al individuo que corría hacia él.
Arthur Driscoll, uno de los administradores del North Platte Hotel.

—Le he estado buscando en Beck Street, Lemmon. Suponía que ya habría regresado del entierro de su socio.
—Se demoran un poco por los trámites —sonrió
Lemmon, a modo de disculpa—. ¿Quiere algo de mí? ¿Algún otro documento por
firmar?
—¡Oh, no!... Ya está todo en orden. Simplemente advertirle de que mañana, a primera
hora, nos haremos cargo del Serpentarium.
—¿Tan... tan pronto?
Arthur Driscoll entornó los ojos.
Fijos en Lemmon.
Un extraño individuo. De aspecto tosco, aunque acusando una cierta timidez. Cercano a los cuarenta años de edad. Alto, extremadamente delgado. De rostro alargado y facciones blanquecinas. También sus manos, de largos y huesudos dedos, muy niveas.
—¿Ocurre algo, Lemmon? ¿Acaso no es posible el traslado?
—Sí, por supuesto... Sólo que no lo esperaba tan pronto. Hoy he firmado la venta.
—Correcto. Y mañana el North Platte Hotel se hará cargo de lo adquirido. Tiene toda la noche de hoy para conversar con sus bichos, Lemmon —Driscoll rió su propio comentario—. Dígales que van a ser instalados en un lugar más confortable. Y usted
seguirá cuidando de ellos, Lemmon. Bueno... debo irme. Walter Lemmon desvió la mirada hacia el coche fúnebre.
—Sí... También yo.
Arthur Driscoll carraspeó.
Con forzada sonrisa.
—Lamento no poder acompañarle. Tengo aún varios asuntos pendientes por solucionar
esta misma tarde.
—Lo comprendo.
—Adiós, Lemmon. Mañana nos veremos. Ya sabe... a primera hora se procederá al traslado.
Walter Lemmon acudió hacia un viejo Buick situado a poca distancia del coche fúnebre. Instantes después se emprendía la marcha.
Hacia el cementerio de Ward Hill.
Un largo trayecto. Con tiempo suficiente para atormentar la mente de Walter Lemmon.
Empezaba a sentir algún remordimiento. Había contratado con la empresa de pompas fúnebres la tarifa más económica. Compró al difunto Nicholas Grahame un traje de oca- sión. Una talla grande de difícil salida. Ataúd de madera baja calidad, sin adorno alguno.

Un nicho vulgar en la peor zona del cementerio. Entierro sin ceremonia...
¿Merecía eso Nicholas Grahame?
Aquella pregunta formulada en la mente de Walter Lemmon pareció tranquilizar su
conciencia.
Estaba haciendo demasiado por un bastardo como Grahame.
Lo enterraron con rapidez. Como si apestara, Lemmon premió aquella prontitud con una generosa propina. Los empleados de las pompas fúnebres desaparecieron. Al igual que el sepulturero.
Walter Lemmon quedó solo.

Frente al nicho donde reposaban los restos mortales de Nicholas Grahame. Fallecido a los cuarenta y siete años de edad. Víctima de un accidente de tráfico en las calles de San Francisco.
Sí.
Aquello tenía mucha gracia.
Walter Lemmon encendió un cigarrillo. Se alejó pausadamente. Caminando despacio.
Disfrutando de la paz, soledad y silencio que sólo pueden encontrarse en un cementeri o. Deambuló sin rumbo.
Hasta que las sombras del atardecer le advirtieron de la próxima llegada de la noche. Y
no era prudente seguir paseando por un cementerio en plena oscuridad. Había que
respetar el sueño nocturno de los muertos.
Walter Lemmon se situó nuevamente frente al volante del Buick.
Paulatinamente fue envuelto en el intenso tráfico de la ciudad. Incluso en Barrio
Román, lejos del centro urbano, la riada de vehículos era considerable. Todos de
regreso a sus hogares después de la dura jornada laboral. Los primeros luminosos de neón ya empezaban a adornar las calles y establecimientos.
Lemmon detuvo el auto.
Frente al 771 de Beck Street.
Una antigua casa de fachada gris y envejecida. De principios de siglo. Construcción sólida. Tres plantas.
Walter Lemmon descendió del Buick.
Contempló el longitudinal Letrero ya amarillento por el paso del tiempo.
«Serpentarium Grahame».
Luego, en caracteres más pequeños, se señalaban las horas de visita. De 9 a.m. a cinco
de la tarde. Con show a las once y trece horas.
Serpentarium Grahame...
Walter Lemmon esbozó una sonrisa.
Llevaba unos diez años como socio del difunto Ni- cholas Grahame. El mismo día en
que se firmó la sociedad, Grahame prometió retirar al cartel y sustituirlo por el de
«Serpentarium Grahame & Lemmon».
No cumplió su palabra.
Era lo habitual en Nicholas Grahame.
Existían dos puertas en la fachada del 771 de Beck Street.

Walter Lemmon acudió hacia la más grande. La destinada al público que visitaba el
serpentarium. Introdujo la llave abriendo tan solo una de las pesadas hojas de madera.
Cerró tras de sí.
Maquinalmente accionó el interruptor cercano acoplado en la pared. La estancia se
iluminó.
A la derecha estaba la pequeña taquilla para la venta de boletos. Al fondo los rojos
cortinajes.
Walter Lemmon avanzó casi arrastrando los pies. Deslizó los cortinajes descubriendo la espaciosa nave. A izquierda y derecha las vitrinas.
Seis grandes vitrinas de cristal acondicionadas para servir de morada a diversos ofidios.

Enormes cobras, sinuosas pitones, gigantescas boas constrictor, viscosas mambas... Los repulsivos ofidios acusaron la presencia de Lemmon.
Se escuchó un súbito «sssssss». Walter sonrió feliz.
Conocía aquel silbante sonido de bienvenida. Muy diferente al que utilizaban cuando se disponían a atacar o estaban irritadas.
—Buenas noches, pequeñas... Perdonadme, pero estoy muy cansado. Y mañana nos espera un duro día.
A vosotras y a mí. Descansad, pequeñas... Descansad también vosotras... Lemmon giró sobre sus talones.
Retornó sobre sus pasos.
Frente a la taquilla había una pequeña puerta. Ocultando la escalera que conducía a los
pisos superiores. La primera planta era la utilizada como vivienda. La superior era más bien una buhardilla donde se almacenaban infinidad de trastos inútiles. Recuerdos del
pasado.
Lemmon acudió directamente al salón-comedor.
El mobiliario era triste, reducido y pasado de moda. Presa ya de la carcoma y la
humedad.
Walter Lemmon tomó una botella de whisky. No se molestó en buscar vaso.
Tras atizarse un largo trago de whisky chasqueó la lengua. Volvió a aplicar el gollete de la botella a los labios.
Fue entonces cuando sonó la voz.
—¿Celebrando mi muerte, Walter?
Lemmon respingó girando con rapidez. Desorbitó los ojos dejando escapar la botella de
su mano.
Allí estaba.
Sentado en su sillón favorito.
Con los saltones ojos mirándole fijante. Con aquel traje oscuro demasiado grande, la
corbata negra, los zapatos de suela gastada...
Nicholas Grahame. Sonriente.
—Dios mío...
El rostro de Grahame pareció sufrir una transformación. Se desencajó en la
indescriptible mueca.
—No digas eso..., no vuelvas a mencionar jamás esa palabra en mi presencia... Y no temas nada. No he resucitado, Walter. Sigo muerto. Simplemente he regresado del infierno.

Las piernas de Lemmon comenzaron a temblar.
Visiblemente.
Su voz fue apenas un susurro.
—Pero... ¿por qué?...
—Muy sencillo, Walter —sonrió Grahame—. No había plaza para mí.

CAPITULO II

Era una carcajada extraña. Ronca. Gutural. Infrahumana... Una risa que parecía surgir de todos los rincones de la estancia. Como si sonara en una cámara de resonancias acústicas.
—¿Qué te ocurre, Walter? tienes miedo? Sí.
El terror dominaba a Walter Lemmon.
Pegado al mueble. Pálido. Tembloroso... Contemplando con alucinados ojos aquella
fantasmal aparición. Aquel hombre que acababa de dejar horas antes en el cementerio de
Ward Hill. En el interior de un nicho.
—¿Qué quieres de mí?... Vete... vete... ¡Vuelve al Más Allá!
Nicholas Grahame rió de nuevo.
Con un siniestro brillo en sus saltones ojos.
—No puedo, Walter. Ya te lo he dicho. No hay plaza para mí en el infierno. ¡Ah,
condenación eterna!... Aquello es grande, Walter. Imposible describir con palabras todo
aquel horror. El pobre Dante queda ridiculizado. Aquello está a rebosar. Infinidad de
almas malditas amontonan sus torturados cuerpos. Apenas queda ya espacio en el inmenso infierno. Repletos sus círculos y galerías. Son muchos los candidatos al Averno.
—Vete... vete, Nicholas..., no me hables más... no quiero oírte...
—Debes hacerlo. He regresado a la Tierra. Al mundo de los vivos. He sido seleccionado,
Walter.
—¿Seleccionado?
—Sí, Walter. Seleccionado por el mismísimo Lucifer. Yo y otros más. Va a ser construido
en el Averno un nuevo habitáculo para dar cabida a los numerosos condenados que
llegan día a día, hora a hora, segundo a segundo... El arquitecto de esa nueva construcción será Satanás. ¡Satanás!... Emperador de la ira, de la furia desencadenada, de la más despiadada violencia...
—¡Ya basta!... ¡Vete!
Nicholas Grahame se incorporó del sillón. Sí.
El traje oscuro le venía grande. Apenas asomaban sus manos por las mangas de la chaqueta. Y el pantalón semiocultaba los zapatos.
—No vuelvas a interrumpirme, Walter. No vuelvas a interrumpirme jamás. ¿No lo comprendes? Soy un enviado del Averno. Con poderes sobrenaturales. Puedo destruirte con facilidad, pero no lo haré. Incluso pienso ayudarte. Soy tu amigo.

—Nunca... nunca has sido mi amigo... Grahame rió.
Gutural.
—Es posible. De ahí que me haya ganado el infierno.
—No sólo por eso, Nicholas. Has hecho más méritos. Tu desmedida ambición, tu
desenfrenada lujuria, tu crueldad hacia el prójimo...
—Muy cierto, Walter. No me sorprendió lo más mínimo encontrarme en el infierno. Ni tampoco el que Lucifer me seleccionara junto a otros. Hemos sido enviados por todos los

rincones de la Tierra. ¿Sabes cuál es nuestro cometido? Reclutar almas malditas para la construcción del Círculo de las Eternas Sombras. Un nuevo círculo del infierno que jamás será colmado. La obra más grande de cuantas existen en el Averno. Se necesitan capataces y mano de obra. Yo y otros, por nuestros cuantiosos pecados, vamos a ser destinados a ese Círculo de las Eternas Sombras. En tres días estará terminada la construcción . Ese es mi plazo. Tres días. En tres días de permanencia en la Tierra debo sembrar el terror, la violencia, los más depravados vicios, la muerte... Ese es mi cometido, Walter. De todos cuantos hoy hemos retornado del infierno, tres serán elegi- dos. Tres se convertirán en guardianes del Círculo de las Eternas Sombras. Más que un alma condenada al eterno sufrimiento, seré un espíritu infernal. Un diablo más de la corte de Lucifer.
—¿Debo felicitarte, Nicholas? —inquirió Lemmon, ya con firme voz. Aceptando ya la
espeluznante visión del difunto Grahame—. Apuesto que serás uno de los elegidos. Tienes... cualidades.
—Celebro tu ironía, Walter. ¿Ya no me tienes miedo? Lemmon esbozó una amarga sonrisa.
—He permanecido contigo unos diez años. Diez años como socio del Serpentarium.
Diez años soportando tus humillaciones y crueldad. No he olvidado los primeros meses.
Yo sólo quería ser el socio capitalista que tú necesitabas. Administraría el negocio y tú te ocuparías de las serpientes. Tú te ofreciste a enseñarme como manejar a las serpientes, cuidarlas, dominarlas... Recuerdo la primera lección, Nicholas. Jamás podré olvidarla. Me encerraste en una habitación con Jester. No habrás olvidado a Jester, ¿verdad?
Grahame rió divertido.
—Por supuesto que no. La más repugnante de cuan tas serpientes he tenido en mi
poder. Vieja, pesada... y
sumamente mansa. Una gigantesca boa. Yo mismo la envenené. Ya no era rentable.
Comía demasiado.
—Me encerraste con Jester,..
—No podía hacerte daño alguno. La tenía muy bien amaestrada. Fue para que les
perdieras el miedo, Walter.
—Jester se enroscó a mí... Trepó por mi cuerpo... envolviéndome con su viscosa piel... Yo gritaba horrorizado... , grité hasta enloquecer... Y

tu risa me respondía a través de la puerta.
--Reconócelo, Walter. Fue una buena lección. Te convertiste en un experto. Sabes tanto como yo de ofidios. Incluso más. Tú tienes un don especial para ellas. Te quieren, Walter.
Knob, Rake, Jelly... todas ellas te adoran.
—Las he vendido, Nicholas.
Las pálidas facciones de Grahame se crisparon.
Sus saltones ojos parpadearon repetidamente.
—¿Qué dices?...
—He vendido el Serpentarium. Al North Platte Hotel. Mañana mismo se harán cargo de todas las serpientes.
—¡Maldito seas!... ¡Maldito!... ¡Eran mías!
Lemmon retrocedió atemorizado.

Pudo percibir el pestilente aliento que emanaba de la boca de Nicholas Grahame.
—Tú... tú estabas muerto, Nicholas... Sabes que nos acosaban los acreedores. Varios
meses de alquiler pendientes, amenazas con arrojarnos a la calle, deudas por doquier, casi sin poder comprar alimentos para las serpientes... No teníamos dinero.
Grahame detuvo su amenazador avance. Sonrió.
—Sí... tienes razón... yo estoy muerto... Tu socio ya no existe, pero jamás imaginé en ti semejante traición.
No hacia mí, sino hacia ellas. Hacia tus amadas y cariñosas serpientes.
—Yo seguiré con ellas, Nicholas. No las abandono. No podría hacerlo. Fue una de las
condiciones que impuse en la venta. El seguir al cuidado de ellas. Aceptaron de inmediato. Son pocos los domadores de serpientes existentes en California. Seré como un empleado más en la nómina del North Platte Hotel. Con derecho a manutención y alojamiento en el mismo hotel.
—¿Para qué quieren las serpientes en el North Platte Hotel?
—Una atracción más que ofrecer a los clientes. Cuentan ya con un magnífico acuarium, un jardín botánico...
—Y ahora un serpentarium.
—Sí, Nicholas. Será lo de más impacto. Tú ya co noces el morbo del público. Igual ocurrirá en ese lujoso hotel.
—¿Por cuánto lo has vendido? No..., no me lo digas. Me irritaría conocer tu estupidez. Apuesto que te has dejado engañar una vez más. Todos abusan de tu
apocado carácter. Por una miseria te has desprendido de las serpientes. ¿Ni tan siquiera te permitió el comprarme un traje decente?
Walter Lemmon se permitió una sonrisa. Enfrentando su mirada a Grahame.
—Compré el traje más barato, Nicholas. Una talla grande invendible. Y no me molesté en comprarte zapatos nuevos.
—Y un entierro de tercera categoría.
—El más económico.
—No esperaba que lloraras mi muerte, Walter, pero sí algunos pequeños detalles.
—¿Por qué iba a tenerlos? Te he odiado. He ido acumulando odio hacia ti día a día, año
tras año... Cierto que tú me dominabas. Mi débil carácter me impedía oponerme a tu despotismo y crueldad. Era un pelele dominado por ti,

sin embargo, jamás lograste controlar el odio que iba acumulando en mi interior. Lamenté tu muerte, Nicholas. Sí, la
lamenté. Ya no tenía a quien odiar. Ahora has vuelto. Debí suponer que el infierno no estaría preparado para individuos como tú.
Grahame rió en estridente carcajada.
—Sólo por tres días, Walter. Únicamente te molestaré tres días.
—Me importa muy poco, Nicholas. Si mañana se procede al traslado de las serpientes, también marcharé yo. Me instalaré en el North Platte Hotel. Cerca del serpentarium han acondicionado una habitación para mí. Tú puedes quedarte aquí. He pagado los atrasos y el presente mes de alquiler.
—Eres muy gracioso, Walter. ¿Olvidas que tengo poderes infernales? Puedo hacerme

visible o invisible a los ojos de los demás... puedo adquirir las más horri bles y demoníacas de las personalidades, puedo convertirme en el más espeluznante de los monstruos o en el más atractivo de los mortales.

—Todo eso me tiene sin cuidado, Nicholas.

—Debe importarte, Walter. Voy a estar contigo estos tres días.

Lemmon volvió a palidecer.

—¿En... en el North Platte Hotel?

El rostro de Nicholas Grahame se transfiguró. Sus cadavéricas facciones reflejaron una
cruel mueca. Sus ojos, casi fuera de las órbitas, adquirieron un satánico fulgor.

—¿North Platte Hotel?... No, Walter... Desde mañana mismo puedes llamarlo Hotel
Infierno.

CAPITULO III

Mickey Kellerman escuchó la dulce voz.

Una sensual voz que le llamaba lejana. Ansiosa. Similar a la tentadora voz de una ninfa.

—Mickey... Mickey...

Kellerman se removió en el lecho. Sin abrir los ojos.

Percibió las manos femeninas. Unas manos suaves que acariciaron lentamente su desnudo tórax. Y luego los labios. Unos labios gordezuelos y húmedos que iban dando

breves y cálidos besos. Ascendentes. Hasta llegar a la boca de Kellerman.

—Mickey...

Era imposible cualquier respuesta en Kellerman. Sus labios habían quedado prisioneros. Taponados por la ávida boca de Shirley Bond. Por sus besos paulatinamente audaces.

Más lujuriosos. Fustigando con la lengua los labios de Kellerman. la mujer se había ladeado en el lecho.

Cabalgando su pierna izquierda sobre la cintura de Kellerman. Apretujándose contra él.

Aquel contacto, aquellos volcánicos besos, sí consiguieron abrir los ojos de Kellerman. Despertándole por completo y alejando de sí la somnolencia.

Mickey Kellerman giró. Volcándose sobre la mujer.

Aplastándola con su cuerpo.

—Buenos días, Mickey...

Kellerman sonrió aproximando sus labios a los de la mujer.

Súbitamente quedó inmóvil.

Parpadeó.

—¿Buenos días?... ¿Qué hora es?

—Aún no son las diez, querido. Tenemos tiempo de... ¡Mickey!

Kellerman había saltado del lecho. Tropezó al quedar enganchado su tobillo izquierdo en

la sábana, pero gateó ágil hasta el contiguo cuarto de baño. A los pocos segundos se escuchaba el ruido de la ducha. Y minutos más tarde aparecía Kellerman envuelto en una bonita toalla de baño.

Shirley le contemplaba sentada en el lecho. Recostada en el cabezal. Con sus largos cabellos rubios majestuosos sobre los desnudos hombros. Semiocultando los

exuberantes senos de erecto pezón. Una turbadora desnudez que a la mujer no parecía importar.

Hizo un mohín.

—¿Dónde es el fuego, Mickey?

Kellerman estaba terminando de colocarse los pantalones. Tomó la camisa preocupadamente depositada sobre una de las sillas.

—¡Las diez!... Ya son cerca de las diez, Shirley.

—Yo jamás me levanto antes de las doce. Incluso en ocasiones mucho más tarde. Esa fue

una de las causas de mi divorcio con Gary. No le gustaba encontrarme en la cama

cuando regresaba del trabajo. Le acusé de crueldad mental. Kellerman se situó frente al espejo del boudoir.
Se peinó con rapidez.
—Me van a despedir, Shirley... El director me despedirá. Tenía que haber estado
supervisando la instalación de los bichos.
—¿Bichos?... ¿Qué bichos?
—¡Adiós, nena!
—Pero...
Mickey Kellerman salió precipitadamente de la habitación. Aún trastabilló al enroscar un
zapato con el sujetador de Shirley arrojado sobre la alfombra.
Fue hacia uno de los elevadores del corredor.
Pulsó el mando de llamada, aunque de inmediato pasó a otro de los paneles para
presionar el botón. Uno de los ascensores estaba descendiendo próximo a la planta ocho.
Se detuvo.
Ningún cliente del North Platte Hotel. Sólo el ascensorista.
—Buenos días, señor Kellerman.
—Hola, Freddy. Abajo. Y no hagas caso de ninguna llamada intermedia.
Freddy contaba dieciocho años de edad. Su trabajo en el North Platte Hotel le había convertido en un hombre maduro. Estaba ya resabiado. Dirigió una irónica mirada a Kellerman.
—El director ha preguntado repetidamente por usted. De eso hace ya más de una hora. Cuando llegó el cargamento con las serpientes.
—Me ha demorado un asunto importante.
—No lo dudo, señor Kellerman. Todavía lleva carmín en la mejilla.
Mickey Kellerman hizo ademán de llevarse la diestra al rostro, pero se detuvo al descubrir un brillo burlón en los ojos del ascensorista.
—Un día de estos te voy a...
—Ya hemos llegado, señor Kellerman.
Sí.
Ya estaban en la planta baja del North Platte Hotel.
Ante el espacioso hall de recepción. Mickey Kellerman abandonó la cabina.
No acudió hacia los mostradores de recepción y conserjería. Tampoco hacia la salida
principal. Encaminó sus pasos hacia las terrazas del lado oeste. Desde allí llegaría antes a las denominadas zonas de recreo del North Platte Hotel. En una de ellas, en el ala Venus, iba a ser instalado el serpentarium.

—¡Señor Kellerman!
Mickey Kellerman se detuvo a la vez que una instintiva mueca se reflejaba en su rostro. Giró forzando una sonrisa.
—Buenos días, señor McLeglan.
John McLeglan del North Platte Hotel, salía a la terraza procedente de uno de los salones
sociales de la planta baja. Sus facciones, ya de por sí rojizas, semejaban ahora un tomate

maduro. Cuando estaba muy irritado, McLeglan sufría una ligera tartamudez.
—¿De don...don...don...?
Kellerman tragó saliva. Aquello parecía serio.
Aquella tartamudez significaba el grado más alto de cólera.
—¿De dó...dónde sale, Kellerman? —culminó McLeglan, tras sacudir la cabeza—.
¿Sa...sabe qué hora es?
—Por supuesto, señor McLeglan. Aproximadamente las diez. Vengo de solucionar un
asunto muy importante.
—¿Impor...importante? ¡Expliqúese!
Kellerman era un individuo con imaginación. Y de rápidos reflejos.
—El robo del collar de la señora Bond. John McLeglan se tambaleó.
Su rostro pasó súbito del rojo tomate al blanco azucena.
—¿El...el...?
—Correcto, señor McLeglan. El collar denominado «Luz de Oriente». Valorado en
algo más de medio millón de dólares. La señora Bond lo sacó ayer noche de la caja
fuerte del hotel para lucirlo durante la cena. Olvidó retornarlo a la ca ja fuerte y subió a la habitación con él. Esta mañana, a primera hora, descubrió la desaparición del «Luz de Oriente».
—No...no...no...
—Sí, señor McLeglan; pero tranquilícese —sonrió Kellerman, con suficiencia—. Ahora mismo vengo de depositar el collar en la caja fuerte. Ya se lo he comunicado a la señora Bond. Fue un descuido de ella. Una estupidez que, lamentablemente, me ha hecho perder la mañana. Mi deseo hubiera sido estar presente en la instalación del serpentarium. ¿Todo en orden, señor McLeglan?
John McLeglan entornó los ojos.
Dirigiendo una suspicaz mirada a Kellerman.
Mickey Kellerman. Veintiocho años de edad. De rebelde pelo negro que le caía a
mechones sobre la frente. Cejas bien curvadas. Ojos oscuros de insolente destello burlón. Nariz perfilada. Labios finos y mentón fino. Un rostro que resultaba atractivo. De bronceadas facciones.
Su complexión era atlética. Propia de un jugador de los Giants de San Francisco. Con deportiva chaqueta en lino, desabotonada camisa en seda natural y pantalón a juego.
No era la vestimenta más adecuada para un detective de hotel.
John McLeglan se negó desde el primer momento a su contrato. Había algo en

Mickey Kellerman que no
le gustaba. Posiblemente el sempiterno brillo burlón de sus ojos. Lo cierto es que
Kellerman ganó la plaza de detective en el North Platte Hotel. Demostrando más inteligencia y capacidad que todos los demás aspirantes.
Llevaba ya tres meses en el cargo. Tres meses de flirtear con las bellas y seductoras
clientes del North Platte Hotel y de tomar el sol en las piscinas.
John McLeglan volvió a su habitual rojez.

Comenzó a balbucear.
Mickey Kellerman comprendió que el director no había tragado el anzuelo. Lo
demostraba el incremento de tartamudez.
—Le dejo, señor McLeglan —sonrió Kellerman, antes de que el director se decidiera por
hablar—. Voy a echar un vistazo al serpentarium.
Kellerman se alejó a grandes zancadas.
Temeroso de una llamada de McLeglan.
Llegó a las zonas de recreo del North Platte Hotel. Allí aminoró la marcha para encender
un cigarrillo.
Ya había pasado la tormenta.
Respiró con fuerza.
El North Platte Hotel, emplazado en lo alto de las Woods Hills, era un auténtico paraíso.
Cerca de San Francisco, pero no lo suficiente para verse atacado por la pestilente contaminación de la ciudad.
Era un hotel lujoso. Todas las habitaciones con baño, televisor y terraza. El nigth-club del North Platte Hotel contaba con las mejores atracciones del momento. Salones sociales en todas las plantas, salas de congreso, servicio de cafetería y bar en cada piso, grill...
Un hotel para los forrados de dólares.
Las zonas de recreo aparecían desiertas. Aún era demasiado temprano. Los clientes sé acostaban cansados de deambular por el night-club y por las mesas de ruleta, dados, black-jack y demás.
Sí.
Necesitaban descanso.
Mickey Kellerman llego a la denominada Sala Venus.
Una sala destinada en principio a la exposición permanente de obras de arte. Pintura y
escultura. Fue un fracaso. Ni los masoquistas se dejaban caer por allí. Los clientes del
North Platte Hotel, cartera y tripa repleta, se aburrían con el arte. Lo del serpentarium sí sería bien recibido.
Era un plato fuerte.
Las refinadas damas de la alta sociedad se estremecerían horrorizadas ante la visión de
los repulsivos ofidios, pero disfrutarían contemplando aquel viscoso ondular. Era una sensación nueva para sus vacías vidas carentes de emociones.
La sala había sido debidamente acondicionada. Bajo la dirección de un experto que estableció la luz, temperatura y demás

condicionamientos para el habitáculo de los ofidios.
Las vitrinas eran gigantescas. Proporcionando gran movilidad a las serpientes. Las vitrinas de un cristal especial. Irrompible. Con mecanismos de seguridad en los cierres y juntas.
Kellerman penetró en la sala.
Instintivamente quedó inmóvil.
No era un individuo fácil de impresionar, sin embargo sintió un escalofrío por la espalda. Aquello era espeluznante.
Serpientes y más serpientes retorciéndose viscosas.
En la primera vitrina en que posó los ojos, con el cartel de «boa constrictor»,

zigzagueaba una enorme serpiente. Gruesa. De unos seis metros de largo. De escamas lisas y de vivos colores.
También figuraba su nombre.
«Rake».
Era tal el tamaño de Rake que ocupaba una vitrina para ella sola.
En otra vitrina se agrupaban, una sobre otra, varias víboras áspid. En repulsivo y viscoso
amasijo. Alguna de ellas mantenían la boca abierta asomando su mortífero colmillo coronando la glándula venenosa.
No había nadie en la sala. Únicamente las serpientes.
Mickey Kellerman avanzó hacia el final del serpentarium. Tragó saliva con dificultad.
Tenía la sensación de que sus pasos eran seguidos por infinidad de diminutos ojos. Ojos de párpado fijo y transparente. Como si todas aquellas espeluznantes serpientes siguieran con atención sus movimientos.
Al final de la sala una puerta.
Kellerman golpeó con los nudillos la hoja de madera.
Dejó transcurrir unos instantes y, cuando se disponía nuevamente a llamar, se
entreabrió la puerta.
—¿Señor Lemmon?
Walter Lemmon esbozó una sonrisa.
—Sí...
—Buenos días, Lemmon. Yo soy Mickey Kellerman, detective del hotel.
—Ah, sí... —Lemmon abrió por completo la puerta—. Pase, por favor. Disculpe el
desorden. Ahora mismo acaban de marchar los montadores y me disponía a instalarme.
Kellerman penetró en la estancia.
Conocía aquella habitación. Destinada a almacén cuando la sala Venus era una aburrida exposición de arte. Ahora había sido acondicionada para albergar a Walter Lemmon.
Una buena cama, el armario, mesa de noche, una estantería... Incluso habían derribado un tabique para la instalación de un pequeño cuarto de baño y una salida evitando tener
que atravesar siempre el longitudinal serpentarium.
Había un par de voluminosas maletas en uno de los rincones.
—No voy a entretenerle, Lemmon. Simplemente quería presentarme y preguntar cómo ha sido el montaje.
Lemmon sonrió más abiertamente.
—Muy bien. Las serpientes se encuentran aquí más confortables. Y

ellas lo reconocen. Sólo se mostraron algo inquietas durante el traslado en el camión. Un largo trayecto y en cajas poco adecuadas, pero ahora están contentas.

—¿Ningún contratiempo?

—En absoluto. El señor McLeglan me anunció que usted estaría presente en el descargar del camión.

—Me fue imposible.

—Poco hubiera podido hacer, Kellerman. Ha sido mejor así. Con los cuatro montadores y
el doctor naturalista que diseñó la instalación ya había demasiada gente. Demasiados

extraños para las serpientes.
—¿Hay alguna peligrosa?
Walter Lemmon arqueó las cejas. Sorprendido por la pregunta.
—¿Alguna? Todas son peligrosas, Kellerman. Ciertamente unas más que otras, pero todas sumamente peligrosas. «Jelly» puede matar con el simple roce de su colmillo
venenoso. «Rake», con su extraordinaria fuerza opresora, trituraría al más corpulento de los hombres; incluso el solo contacto con la viscosa y repulsiva «Lumpy» puede hacer morir de terror.
—Me consta que las vitrinas son de toda seguridad. Sometidas a todo tipo de pruebas.
—Cierto, cierto..., mucho más seguras que las de mi serpentarium de Beck Street. Más modernas, cómodas y seguras. Con unos cierres y remates especiales.
—Entonces no hay problemas.
—Ninguno, Kellerman. Puede que al principio extrañen un poco el cambio, pero pronto
se acostumbrarán. Yo las convenceré, Kellerman sonrió.
Catalogó a Walter Lemmon como uno de esos chiflados que creen conversar con los
animales.
—Le dejo, Lemmon. Tiene todavía mucho trabajo por hacer.
Walter Lemmon tomó unos carteles depositados sobre la estantería.
—Voy a terminar de colocar los letreros en las vitrinas y luego procederé a ordenar mis
cosas.
—Se sentirá feliz aquí, Lemmon. Esto es como veranear todo el año. Y con los gastos pagados.
Los dos hombres abandonaron la habitación.
—Estoy un poco impresionado, Kellerman. Lo confieso. Querían darme otra habitación.
En el ala de servicio. Una habitación más amplia y confortable, pero yo prefiero estar próximo a ellas. El lujo y confort me hacen sentir incómodo.
—Terminaría por acostumbrarse. ¿Le ayudo?
—¡Oh, no!... Sólo me falta colocar un par de letreros. El señor McLeglan quiere
inaugurar el serpentarium esta misma tarde y... Lemmon enmudeció.
Quedó con la mirada fija en una de las vitrinas. La correspondiente a las víboras áspid.
Mickey Kellerman se percató de la súbita palidez que acusó el rostro de su interlocutor.
—¿Ocurre algo, Lemmon? Walter Lemmon retrocedió. Tambaleante.

Fue examinando una a una las vitrinas. Detenidamente. Retornó de nuevo junto a la
vitrina de las víboras.

—No...no es posible...

—¿Qué ocurre? —inquirió nuevamente Kellerman.

—«Jelly»... Falta «Jelly»...

—¿«Jelly»?

—Es una de las víboras —murmuró Lemmon, con voz apenas audible —. Una de las más mortíferas. No está aquí. Ha desaparecido.

CAPITULO IV

La luminosidad del sol cubría la estancia.
Unos resplandecientes rayos que no parecían turbar el sueño de Shirley Bond.
La mujer dormía abrazada a la almohada. La sábana sin alcanzarle la cintura. A mitad de
los mórbidos muslos. Sí.
Shirley dormía plácidamente.
De ahí que no se percatara de! ondular movimiento de la sábana. De aquel movimiento
zigzagueante que se originó a los pies de la cama.
Shirley se removió quedando boca arriba. Con los brazos en ángulo recto. Sobre la
almohada.
Sus desnudos senos subían y bajaban en acompasado respirar. Su vientre, ligeramente
curvado, también palpitaba armonioso. La sábana dejaba entrever el rubio vello del pubis.
Bajo la tela seguía el ondular.
Y por entre las sábanas asomó la cabeza.
La cabeza de un repugnante reptil Una cabeza trian guiar. Aplastada. Con pequeñas escamas. Mantenía la boca abierta. Asomando el largo y punzante diente inyector del veneno. También quedaban visibles los restantes dientes acanalados. Su lengua viperina se alargaba y encogía con rapidez.
La cabeza de una víbora. Una víbora áspid.
Fue reptando.
Paralelamente a las piernas de la durmiente Shirley
Al salir de la sábana se enroscó viscosa. Una piel brillante. De fuerte color amarillento. Con manchas oscuras. Una piel mucilaginosa. Marcadamente repelente. Nauseabunda. Permaneció unos instantes con la cabeza erguida.
Con sus diminutos ojos fijos en Shirley.
Luego se lanzó ondulante. Sobre la cintura de la mujer. Por entre los voluminosos senos femeninos.
Shirley despertó sobresaltada.
Y a escasas pulgadas de su rostro la cabeza de la serpiente. Con el espeluznante vaivén
de su lengua viperina.
Las facciones de Shirley se desencajaron en alucinante mueca de terror. Desorbitó los
ojos. No gritó. Consciente de que el grito provocaría el ataque de la serpiente; aunque

posiblemente tampoco hubiera podido emitir sonido alguno.
El miedo la paralizó.
Sintió sobre su cuerpo el viscoso deslizar de la serpiente. Por entre sus senos, por el vientre, por los muslos...
La longitud de la víbora era superior a los sesenta centímetros.
Shirley cerró los puños. Controlando su horror y repugnancia por el contacto de aquella
untuosa piel. Ningún movimiento. Conteniendo incluso la respiración. En espera del

momento oportuno para librarse del reptil.
Cuando se alejara un poco, cuando dejara de serpentear por su cuerpo...
No ocurrió así.
La víbora áspid volvió a enroscarse. Ahora sobre el vientre de la mujer. Con la cabeza
erguida. Mirando a través de sus fijos párpados. Como si esperara alguna orden.
Se oyó el abrir de una puerta.
Shirley parpadeó repetidamente. Fue su único movimiento. No se atrevió a más. Era la puerta del cuarto de baño.
Alguien estaba allí.
Alguien que podría socorrerla.
Le llegó la voz. Una voz ronca, gutural, infrahumana...
—Perfecto... Muy bien... así, ningún movimiento... ni un solo grito... Es una víbora áspid.
Está muy cerca de ti. Ahora tiene la boca abierta. ¿Puedes ver sus colmillos? Ahí está el veneno... Un veneno mortal y doloroso.
—Ayú...ayúdame...
La voz de Shirley fue un susurro. Ladeó levemente la cabeza.
En imperceptible movimiento.
Por el rabillo del ojo pudo contemplar la abierta puerta del cuarto de baño. Nada más. No había nadie en la habitación.
Sin embargo escuchó de nuevo la voz. Ahora más cercana.
—Te ayudaré..., pero recuerda... no debes gritar. Ocurra lo que ocurra... Aprieta con fuerza los labios... domina tu terror.
Shirley parpadeó. No veía a...
Las facciones de Shirley se desdibujaron en indescriptible mueca. Agrandó los ojos. Pálida. Alucinada. Intentó gritar. Ajena al peligro de la acechante víbora. Tenía que dar rienda suelta al horror que la dominaba. Un atroz pánico incapaz de soportar. De ahí que pugnara por gritar.
Sin conseguirlo. Sólo boqueó. Desesperadamente.
Ya podía ver al hombre que le hablaba. Al hombre que salió del cuarto de baño y fue arrastrándose por el suelo. Reptando como un gigantesco gusano. Hasta llegar al borde
del lecho y erguirse con dificultad. Aunque...
No.
Aquello no era un hombre.
Aquello no era humano. No podía serlo.
Un monstruo mitad hombre mitad serpiente. Con el cuerpo cubierto de viscosas
escamas de amarillento color. Una cabeza deforme donde únicamente

destacaban unos
ojos saltones y la boca carente de labios. Una boca que semejaba un boquete en carne

viva. Las facciones escamosas.
—No...no...
El monstruo había conseguido trepar al lecho. Serpenteando.
—No grites... no grites o «Jelly» se lanzará sobre tu bello rostro... «Jelly» me obedece. Nada te hará,
Shirley contempló alucinada a la deforme criatura. Sí.
Era como un gigantesco gusano anillado y recubierto por brillantes escamas grasientas. Los brazos pegados al cuerpo. Atrofiados. Las piernas como soldadas la una a la otra.
—¿Cuál es tu nombre?
—Y0...0...
—¡Responde!
—Shirley...
Una ronca risa sonó del boquete bucal.
—Eres muy bonita, Shirley..., tienes un cuerpo tentador. Un cuerpo que incita a la pasión, la lujuria, al desenfreno... Un cuerpo digno de figurar en el Averno. ¿Quieres venir conmigo? Yo puedo llevarte a los abismos infernales, nena... Sí... Te llevaré
conmigo..., te llevaré...
Se fue aproximando a Shirley. Zigzagueando por el lecho,
Se situó sobre la mujer obligando a la víbora a retroceder y enroscarse sobre la
almohada. Con su móvil lengua rozando los cabellos femeninos.
—Voy a besarte, Shirley...
La mujer estaba en el paroxismo del terror. La presión de aquel repugnante cuerpo
gelatinoso sobre ella la hizo olvidarse de la proximidad del reptil.
Tenía que gritar.
Fue entonces cuando la paralizó el sibilante sonido.
Sobre su oreja izquierda.
Sssssssss.
La víbora había hinchado el cuello. Como si se dispusiera a atacar.
—Tranquila, «Jelly»... Tranquila... No le hagas daño a Shirley. Se portará bien,
¿verdad?... ¿Verdad qué te portarás bien, muñeca?
La boca del monstruo se iba aproximando lentamente a los labios de Shirley.
La mujer cerró los ojos.
En un vano intento de escapar de aquel horror. Percibió la pestilente boca. Aquel nauseabundo boquete sobre sus labios.
Y también las manos.
Unas manos frías y húmedas que se cerraron con fuerza sobre los senos femeninos. Los

brazos, hasta la articulación del codo, se mantenían pegados; pero sí se abrían en abanico dando movilidad a las manos. Descubriendo una membrana gelatinosa.

Unas manos que proporcionaron a Shirley sádicas y brutales caricias.

La horrible criatura comenzó un desenfrenado vaivén.

Con jadeantes estertores.

Shirley estaba siendo poseída por el monstruo.
Mantuvo los ojos cerrados. Con fuerza. Las manos crispadas sobre la cama.
El jadear infernal del monstruo era coreado por el sibilante sonido de la víbora áspid. Unos instantes que para Shirley Bond fueron toda una eternidad. Todo parecía haber terminado. La espantosa criatura se separó serpenteante.
Shirley no quiso abrir los ojos.
Continuó inmóvil. Paralizada por el horror.
Oyó cómo se cerraba la puerta del contiguo cuarto de baño. Shirley sí abrió entonces los ojos.
El reptil seguía allí. A su izquierda. Sobre la almohada. Enroscada. Presionando algunos de los rubios cabellos de Shirley.
La mujer comenzó a mover lentamente la mano derecha. Sobre su lecho. Hacia la mesa de noche, muy lentamente.
Sus manos rozaron el hilo telefónico.
Podía tirar de él y hacer caer el auricular, aunque el ruido provocaría el ataque de la serpiente. De ahí que Shirley se decidiera para tantear el mueble en busca del micro. Sin ladear la cabeza. Sólo moviendo el brazo derecho.
Quedó inmóvil al oír abrir la puerta del cuarto de baño. Escuchó la risa.
Gutural.
—No te molestes en pedir desayuno, Shirley. No lo necesitas. Satanás te servirá
copioso banquete. Unos pasos.
Sí.
Sonaron unos pasos en la habitación.
Shirley giró la cabeza. Casi con brusquedad. Olvidándose de la amenaza del áspid. Parpadeó contemplando al individuo.
Perpleja.
Con un estupor que reemplazó momentáneamente al miedo.
—Pero...
—¿No lo comprendes, nena? —el individuo avanzó con rápido paso —. Poco importa.
En el infierno te lo explicaré todo.
El hombre empuñaba en su diestra unas tijeras.
Abiertas
Unas tijeras pertenecientes a Shirley. Las había dejado la noche anterior en el cuarto de baño.
El individuo alzó su mano derecha. Shirley gritó.
—¡Ataca, «Jelly»!
El desgarrador alarido de Shirley quedó súbitamente cortado al recibir

la mordedura de la serpiente. Desorbitó los ojos.
El hombre descendió veloz su mano armada.
Hundiendo sobre los alucinados ojos de Shirley las punzantes tijeras.

CAPITULO V

John McLeglan no tartamudeaba.
No estaba furioso, sino horrorizado.
—Sigo opinando que sería más conveniente utilizar el sistema de alarma, señor
McLeglan.
—¿No lo comprende, Kellerman? ¡Cundiría el pánico! Debemos continuar la búsqueda
por el piso, habitación por habitación... ¿Dónde está Walter Lemmon?
—Fue a Beck Street. McLeglan bizqueó.
—¿Beck Street? ¡Le necesitamos aquí! ¿Qué hacemos si nos topamos con la serpiente?
—Yo me ocuparé de ella —dijo Kellerman, palpando significativamente la funda
sobaquera donde reposaba un revólver del treinta y ocho—. El propio Lemmon me dio instrucciones. Nada de intentar capturarla con vida. La tal «Jelly» es una de las víboras más peligrosas del grupo.
—Cielos... ¿Qué hace Lemmon en Beck Street?
—Hemos registrado el recién instalado serpentarium y en el camión donde se realizó el traslado. Walter Lemmon, aunque juraría sobre la Biblia que «Jelly» llegó al North Platte Hotel, ha ido al viejo serpentarium. Tal vez se escapó allí. Incluso durante el trayecto.
—Entonces... ¿puede que no esté en el hotel?
—Entra en lo posible, aunque Lemmon está plenamente convencido de que «Jelly» fue instalada en la Sala Venus.
Llegaron los diferentes grupos formados.
Todos los empleados del hotel que participaban en la búsqueda portaban largos palos.
Estaban en la planta baja del edificio. Primero se había examinado minuciosamente la zona de recreo. Las más cercanas a la Sala Venus. Luego se prosiguió por los salones sociales, el bar, restaurante...
—Ni rastro, señor Kellerman —dijo uno de los portavoces del grupo.
—Tampoco en el ala de servicio —informó otro de los empleados. Mickey Kellerman encendió un cigarrillo.
—Pasaremos al primer piso. Uno de los grupos volverá a rastrear el jardín. Que siga acordonada la zona. Es el lugar más adecuado para dar cobijo a una serpien te.
—¿Primer piso? —inquirió McLeglan—. ¿Puede una serpiente subir la escalera o acaso utilizar el ascensor?
—Según Lemmon, nuestra amiga «Jelly» puede trepar con pasmosa facilidad por cualquier saliente de la fachada. Tiene sesenta y cuatro centímetros d e longitud.

John McLeglan sacudió nerviosamente la cabeza.
—Cómo diablos puede ocultarse? Llevamos ya más de una hora de búsqueda.
—Y seguiremos buscando —dijo Kellerman—. Ahora en la primera planta. En marcha.
La llegada al espacioso hall de recepción coincidió con la entrada de Walter Lemmon en el North Platte Hotel. Acudió jadeante y sudoroso hacia el grupo encabezado por
Kellerman.
—¿La han encontrado?
—No, Lemmon. Sólo hemos inspeccionado en la primer planta.

—Tampoco está en Beck Street —replicó Lemmon, con entrecortado respirar—. Estaba convencido, pero era preciso asegurarse. ¿Se ha procedido ya a desalojar el hotel?
—¿Se ha vuelto loco? —respingó McLeglan—. No puedo hacer eso. No puedo hacer que cunda el pánico.
—¿Prefiere acaso un cadáver? Si «Jelly» ataca a alguien...
—Creo que el señor Lemmon está en lo cierto —intervino Kellerman —. Vamos a dar
orden de desalojar el hotel y pedir la colaboración de la policía.
—Pero...
—No sea estúpido, señor McLeglan —cortó el detective, secamente —. Eche una
mirada a su alrededor. Los clientes ya empiezan a hacer inquietantes preguntas por todo
este despliegue. No podemos seguir ocultando el hecho.
—Los sistemas de alarma provocarán el pánico.
—Ordene desalojar el hotel o no me responsabilizo de lo que ocur ra —amenazó
Kellerman—. Cierto que la alarma general puede hacer cundir el pánico, pero se puede
hacer ordenadamente. Llamaremos por teléfono a cada una de las habitaciones para indicar a los clientes que salgan lo antes posible. Formaremos grupos en cada planta para evitar altercados y proporcionar tranquilidad a los clientes.
Lemmon asintió.
—Me parece una buena idea, pero deben hacerlo cuanto antes.
—¿Y bien, señor McLeglan? —inquirió Kellerman.
El director del North Platte Hotel también movió afirmativamente la cabeza.
Mickey Kellerman acudió hacia el mostrador de recepción.
Allí estaba Ralph Moore. Jefe de recepción y conserjería. Un individuo de unos cuarenta años de edad. Un hombre con experiencia. Una miopía galopante le hizo dejar su fabuloso puesto de pit-boss en uno de los mejores casinos de juego de las Vegas.
—Escucha con atención, Ralph. Todo cliente fuera del hotel que pretenda subir a su
habitación, le será negada la llave. Sin excepciones.
—¿Puedo explicarles el motivo?
Kellerman sonrió.
Admirando la sangre fría de Moore.
—No hay inconveniente. Eso les mantendrá más alejados. Proporciona a las chicas de la centralilla telefónica una relación de las habitaciones todavía ocupadas por los clientes. Que llamen a cada

una de esas habitaciones para que sea abandonada lo antes posible.
—¿También las de los pisos altos?
—Todas, Ralph. Que el servicio de camareras y mozos de pisos estén en sus puestos
haciendo gala de uní total tranquilidad. Eso es todo de momento, Ralph Kellerman dirigió una mirada al casillero situado tras el mostrador de conserjería.
La llave 812 no estaba allí.
El detective esbozó una sonrisa.
Imaginaba a Shirley Bond durmiendo feliz. Ajena a todo aquel bullicio.
—Kellerman...
—¿Sí, señor McLeglan?
—¿Considera necesario llamar a la policía? El número de empleados del hotel es más
que suficiente para dar con esa maldita serpiente.

—¿Asume usted toda responsabilidad, señor McLeglan? —inquirió Kellerman, irónico—. Supongamos que «Jelly» no está en el North Platte Hotel. Puede que esté bajando por las Woods Hills. Nadie sabe nada. La policía no ha sido avisada y consecuentemente no ha dado la voz de alarma en la zona.
McLeglan palideció.
—Creo... Sí, mejor comunique con la policía.
Mickey Kellerman pasó la centralilla electrónica.
Las tres telefonistas ya estaban cumpliendo las órdenes de Ralph Moore. Con una
relación de las habitaciones todavía ocupadas por los clientes.
El detective sonrió posando sus ojos en Jessica.
Jessica Alien era la más bella de las empleadas del North Platte Hotel. De todas las secciones. Un rostro primoroso. Coronado por sedoso cabello castaño de cortito peinado. Ojos almendrados. La nariz ligeramente respingona. Pómulos gatunos. Labios... Los labios de Jessica eran difíciles de definir. Combados. Carnosos. Siempre húmedos. Brillantes por la fina capa de carmín. Unos labios hechos para ardientes besos.
Pero Jessica no se dejaba besar con facilidad.
—Hola, amor.
Jessica arrugó deliciosamente la nariz.
—Estoy muy ocupada, Mickey.
—Al igual que ayer cuando te pedí que cenáramos juntos, pero ahora no voy a solicitarte una cita. Simplemente quiero una línea de comunicación exterior.
Jessica tecleó en el panel de la centralilla.
Posó sus rasgados ojos en Kellerman.
—Puedes llamar por la 005. ¿Me oyes, Mickey?
Kellerman recreaba la mirada en el cuerpo femenino. Con deliberada insolencia, Centró
sus ojos en los pujantes senos de Jessica que tensaban al máximo la blusa. Aún sentada
era fácil adivinar una cintura de odalisca y unas caderas de suave curva.
—¿Cómo?... Ah, sí... Por la 003.
-¡005!
Mickey Kellerman amplió la sonrisa mientras acudía hacia uno de los teléfonos
protegidos por semiesfera de cristal. Su comunicación con la Metropolitan Police fue breve. Retornó nuevamente a la centralilla. Cuando Jessica se incorporaba portando un papel en su diestra. Había estado telefoneando a las habitaciones de los pisos ocho y

nueve.
—¿Ya has terminado, Jessica?
—Únicamente queda por avisar la habitación 812. ¿Te encargas tú de ello, Mickey? — interrogó la muchacha, con irónica sonrisa—. Creo que conoces esa habitación muy bien.
—¿Qué ocurre? ¿No contesta?
—El teléfono del dormitorio está descolgado. He llamado al de la antesala, pero sin resultado positivo. Si está en el baño difícilmente puede oírlo.
Kellerman tomó la relación.
Sólo una de las habitaciones había sido señalada con círculo rojo.
La número 812.

Ralph Moore llegó portando varias hojas.
—Ya han sido alertadas todas las habitaciones ocupadas, Mickey. Me falta la lista de...
¡Ah...! ¿La tienes tú?
—¿Han respondido todos los clientes?
—Sí.
—Bien. Voy un momento a la planta ocho.
—El señor McLeglan y Walter Lemmon te esperan en el primer piso. Ya han iniciado la búsqueda.
—Me reuniré con ellos de inmediato.
Kellerman encaminó sus pasos hacia uno de los elevadores.
Pulsó el botón correspondiente a la planta octava.
A la salida de la cabina un cigarrillo humeaba en sus labios.
El longitudinal corredor en forma de «U» ya se veía bastante concurrido. Los clientes cumplían con rapidez la orden recibida de abandonar sus respectivas habitaciones.
—¿Qué ocurre, Mickey? Los clientes me hacen preguntas que yo misma no sé responder.
Kellerman palmeó el trasero de la mujer.
Margaret Gold. La provocativa camarera de la planta ocho.
—¿D$ dónde sales, Margaret? Todo el servicio del hotel há sido informado. Apuesto que
Sammy Scott, el de la habitación 807, te pidió que le enjabonaras la espalda.
—¡Eres un...!
Mickey Kellerman ya se alejaba hacia la puerta señalizada con el número 812. Golpeó la
hoja de madera. Tras unos instantes de espera, reiteró la llamada. Con idéntico resultado.
—¡Eh, Margarte!
La mujer avanzó por el corredor.
Todas las camareras del North Platte Hotel utilizaban el mismo uniforme, pero en Margaret parecía diferente. El secreto estaba en la propia Margaret. En su exuberante cuerpo generoso en curvas. Era la viva imagen de la tentación. No usaba sujetador. Cada paso era amenizado por un bambolear de sus prominentes senos, por un sensual oscilar de sus caderas...
Los ojos de Margaret, *su maliciosa mirada, también voluptuosa.
Todo en Margaret despertaba a la lujuria.
—¿Qué quieres ahora, Mickey?
—¿Has visto salir a la señora Bond?
Margaret hizo un mohín.
—Como bien has dicho, le estaba enjabonando la espalda a Sammy

Scott. Desde que le
serví el desayuno hasta ahora. No he visto nada.
—Abre la puerta. Posiblemente no esté en la habitación, pero es mejor cerciorarse.
—¿Puedes decirme qué ocurre? —se interesó Margaret, sacando del niveo delantal un juego de llaves— ¿Por qué se ha indicado a los clientes que abandonen las habitaciones?
—Se ha escapado una víbora áspid del recién instalado serpentarium.
— Muy gracioso —la mujer abrió la puerta—. ¿Por qué no me dices la verdad?
—Lo acabo de hacer.

La reducida estancia antesala del dormitorio contaba con un confortable y coquetón sofá, dos sillones y una circular mesa. En uno de los rincones el carro-bar.
Kellerman abrió la puerta del dormitorio. Margaret iba tras él.
Los rayos del sol seguían inundando con su cegadora luz la habitación. Penetrando con fuerza a través de los finos cortinajes.
Sí.
En la estancia todo era muy visible.
El desgarrador alarido de Margaret resonó con estruendo. Se abrazó a Kellerman.
Ocultando su rostro en el pecho masculino.
Mickey Kellerman, aunque pálido, sí mantuvo la mirada en el lecho. Contemplando horrorizado las ensangrentadas facciones de Shirley.
La mujer yacía en el lecho. Con los brazos en cruz. La mano derecha hacia la mesa de noche. Rozando el hilo telefónico. El auricular fuera del soporte.
Lágrimas de sangre.
Eran como lágrimas de sangre las que habían manado abundantes de los ojos de Shirley. Las tijeras abiertas. Cada aguja hundida. En los ojos de Shirley. El rojo líquido cubría por completo el rostro femenino. Empapando la almohada.
También había surcos de sangre en ias sábana^. Y en el suelo.
—Vamos a...
Kellerman enmudeció.
Había escuchado un sonido. Sibilante.
Y entonces apareció.
Procedente del contiguo cuarto de baño. Por entre la abierta puerta. Avanzando
zigzagueante. Sssssssss.
Margaret giró veloz la cabeza.
—Dios... Dios mío...
Las piernas de la mujer flaquearon. Hubiera caído de no ser sostenida por los viriles brazos de Kellerman. Percibió el convulsivo temblor del cuerpo de Margaret.
—Por favor, Margaret..., no te desmayes ahora.
—Yo...yo...
Kellerman la abrazó con fuerza.
—No la mires, Margaret..., no la mires... Retrocede... muy despacio... Sin hacer ruido. Al llegar al pasillo ya puedes empezar a correr. En la primera planta está Walter Lemmon... es quien maneja a las serpientes... dile que ya hemos dado con la desaparecida «Jelly».
—Puedes salir conmigo —susurró Margaret, casi sin voz—. Cerremos la puerta y...

—No, Margaret. No puedo perder de vista a ese bicho. Tal vez esté abierto el ventanal del baño o de la terraza... Ahora que hemos dado con ella no puedo permitir que escape.

—Pero tú...

—Obedece, Margaret.

La mujer se separó de Kellerman. Muy lentamente.
Comenzó a caminar hacia la salida. Deslizando los pies. Sin atreverse a mirar hacia atrás. La víbora se había detenido en el centro de la habitación.
Enroscada.
Sobre su viscosa y amarillenta piel habían manchas de sangre. La sangre de Shirley
Bond. Sssssssss.
«Jelly» abrió la boca. Dejando ver sus afilados colmillos superiores. Su lengua móvil. La repulsiva glándula venenosa.
Fue hinchando el cuello. Preparada para el ataque.
Mickey Kellerman se mantenía bajo el umbral de la puerta. Había llevado lentamente su diestra a la funda sobaquera. Sus dedos ya se habían cerrado en torno a la culata del revólver.
—No lo intentes, «Jelly»... Por muy rápida que seas en el ataque, te volaré la cabeza de
un balazo.
El reptil pareció entender aquellas palabras.
Se extendió. Ondulante.
Continuó con la cabeza erguida. De sus mortíferas fauces escupió un líquido cáustico que quedó a escasas pulgadas de los pies de Kellerman.
El detective desenfundó el revólver. Con el dedo curvado sobre el gatillo. Consciente del inmediato ataque de áspid.
Incluso podía detectarlo en aquellos ojos de cerrado párpado transparente.
—No dispare, Kellerman.
La susurrante voz sonó a espaldas de Kellerman.
El detective siguió inmóvil.
Sin girar la cabeza.
Apuntando a la víbora.
Walter Lemmon avanzó. En su diestra portaba un saco de lona. Al pasar junto a
Kellerman y adentrarse en la habitación, quedó súbitamente inmó vil. Descubriendo el cadáver de Shirley.
Reaccionó.
—Tranquila, «Jelly»... Tranquila... Soy yo..., tu amigo Walter. Tienes que ser buena y obedecer. Ven aquí..., ven...
La serpiente dejó de hinchar el cuello. Bajó la cabeza.
Reptando con rapidez se aproximó a Lemmon enroscándose en sus piernas. Dócil.
Walter Lemmon se inclinó acariciándola para acto seguido introducirla en el saco.

Desvió la mirada hacia Kellerman que le contemplaba con asombro. Desde el corredor sonó la voz de McLeglan.

—¿Necesitan ayuda? ¡Ya está aquí la policía! Kellerman giró hacia la antesala.
—Ya hemos capturado a «Jelly», señor McLeglan. El director suspiró ruidosamente.
—¡Bien!... La pesadilla ha terminado.
—No, señor McLeglan. Acaba de empezar —dijo Kellerman, con fría voz—. Voy a tener que llamar al Departamento de Homicidios.
—¿Ho...homicidios? ¿Qué ha ocurrido? ¿Acaso la serpiente...?
Kellerman denegó con un movimiento de cabeza.
—«Jelly» puede que sea muy peligrosa, señor McLeglan; pero no hasta el extremo de utilizar unas tijeras como arma homicida. Se ha cometido un asesinato en el North Platte Hotel. Y no ha sido «Jelly».

CAPITULO VI

Ya había sido autorizado el levantamiento del cadáver.
Los expertos en dactiloscopia también habían concluido su minuciosa labor. La habitación 812 del North Platte Hotel quedó precintada.
Henry Chapman contempló cansinamente la larga relación de nombres.
--¿Sabes una cosa, Mickey? En ocasiones me gustaría retirarme a vivir a una isla
desierta. Sin compañía alguna. Ni tan siquiera la de mi perro. Esta es una de esas ocasionas.
Kellerman esbozó una sonrisa.
Con la mirada fija en Henry Chapman.
Sin ocultar un destello de admiración.
Henry Chapman era un hombre íntegro. Un buen policía. Un veterano. Empezó como
patrullero en North Beach. La zona de San Francisco pródiga en night-clubs elegantes donde el Sindicato del Crimen ejerce su poder mediante el soborno y la amenaza. Con
Chapman fracasaron. El no se dejaba sobornar. Y tampoco cedía a las amenazas.
La honradez, valor e inteligencia de Chapman le hicieron escalar puestos. Había llegado
a teniente del Departamento de Homicidios. Y precisamente por su honradez, ahí quedó estancado. Demasiado encumbrado podría resultar molesto. A Chapman no le importó.
No era ambicioso. Y pronto se retiraría como teniente del Departamento de Homicidios. Con una brillante hoja de servicio.
—Estás cansado, Henry. Eso es lo que te ocurre.
—No, Mickey. Asqueado. Esa es la palabra exacta. Con toda mi larga experiencia, sigo
sin acostumbrarme a la visión de la muerte. Todo crimen me repugna. Y algunos me asombran. Este es uno de ellos. La maldad humana no tiene límites. Unas tijeras..., unas tijeras en los ojos de una mujer... Violación, y muerte.
—Pronto cazarás al asesino.
Las facciones de Chapman se ensombrecieron. Acentuando las arrugas de su rostro.
—De eso puedes estar seguro, Mickey. Me comentaste haber tratado a Shirley Bond.
¿Qué puedes decirme de ella?
Kellerman vació el vaso de whisky.
Los dos hombres estaban solos en el pequeño bar de la planta ocho.
—Poca cosa, Henry. Y nada que te sirva en la investigación. Shirley

Bond llegó al hospital hace cinco días. Procedente de Los Angeles. Había obtenido recientemente el divorcio. Su tercer divorcio. Según ella lo estaba celebrando. Era una mujer alegre y despreocupada. Sin problemas de ningún tipo. Entablé amistad con ella el primer día.

—¿Intima?

—El dinero contribuye a la falta de prejuicios, Henry. En el North Platte Hotel existe una verdadera fauna. He visto, en los pocos meses que llevo aquí, cerrar fabulosos negocios en las alcobas. La Aldrich Company consiguió un importante pedido de un magnate de Texas. Todos felicitaron a Peter Aldrich, aunque el mérito era de la señora Aldrich. Fue

ella la que se acostó con el tejano. Boris Luque, el financiero de Nueva York, adquirió unas valiosas acciones a cambio de ceder a su hija a un repulsivo vejestorio. Este es el ambiente del North Platte Hotel. En su nigth-club , en el salón de juego, en las piscinas... Me fue sencillo entablar amistad íntima con Shirley Bond; pero no la juzgue mal. Era una buena chica.
Henry Chapman posó nuevamente la mirada en la larga relación de nombres.
Todos los clientes del North Platte Hotel. En varios folios.
—¿Algún cliente digno de atención en la planta ocho?
—Ninguno, Henry.
El teniente respiró con fuerza.
—Bien. Entonces investigaremos uno por uno. Todos los clientes del hotel, aunque la
autopsia del cadáver descartará a muchos de ellos. También hemos encontrado algunas huellas.
—Sospecho que mías —dijo Kellerman, con amarga sonrisa—. Ya te informé que salí de la habitación de Shirley Bond poco antes de las diez.
—Entre las diez y las doce fue asesinada. Tú saliste para dar entrada al asesino, Mickey.
y puede que te cruzaras con él al descubrir el cadáver.
Kellerman asintió.
Con endurecidas facciones.
—Lo sé. La sangre aún discurría por el rostro de Shirley.
—Voy a despedirme de Lemmon —dijo Chapman, descendiendo del taburete—. ¿Me
acompañas?
Los dos hombres abandonaron el local.
Descendieron en uno de los elevadores.
—¿Que opinión te merece Walter Lemmon?
Kellerman encendió un cigarrillo. Exhaló una bocanada de humo.
—Un solitario. Un tipo dedicado a sus bichos. Resultó escalofriante verle acariciar a la víbora y meterla en el saco. Hablaba con ella como si fuera un perrito faldero.
—Investigaré detenidamente a Lemmon.
—¿Por qué? ¿Acaso le consideras sospechoso? No pudo ser él, Henry. Cuando yo salí de
la habitación de Shirley acudí directamente al serpentarium. Allí estaba Lemmon. Fue entonces cuando se percató de la desaparición de «Jelly». Juntos la buscamos por la zona hasta que Lemmon decidió ir a Beck Street. Regresó al cabo de una hora larga. Yo le vi
entrar en el hotel. Y a los pocos minutos descubría el cadáver de

Shirley.
El teniente palmeó la espalda de Kellerman.
—No te pareces a tu padre, Mickey. El fue un buen policía. Quería que tú también lo fueras, ¿recuerdas?
—Seguro. Y tú me desanimaste.
—No, muchacho. Simplemente te aconsejé. Un buen policía debe ser disciplinado. Someterse a un control. Doblegar sus opiniones a la de sus superiores. Tenga o no razón. Tú eres demasiado anárquico. En todo. De ahí que te aconsejara por la obtención de una licencia de investigador privado.

—¿También me imaginabas como detective de hotel de lujo?
—No te avergüences, hijo. Hay que ganarse los garbanzos. Esto es simplemente un vulgar eslabón de tu carrera. Aún te queda mucho camino por andar... y mucho por aprender.
—Qué quieres decir?
—Ignoras la norma número uno de todo buen policía o investigador. Todos pueden resultar sospechosos hasta que se demuestre lo contrario.
—Eso quiere decir que hago mal descartando a Walter Lemmon.
—Correcto, Mickey. Y añadiré algo más. Tú mismo tampoco estás descartado como sospechoso.
—¿Qué yo...?
—Tranquilo, muchacho. Ya te he dicho que la autopsia proporcionará datos muy importantes. Shirley Bond fue mordida por esa víbora. El forense me señaló la marca en el cuello. ¿Antes o después de ser herida con las tijeras? Si fue después, la víbora no molestó en absoluto al asesino; pero... ¿y si fue antes? Primero la mordedura de la serpiente y luego el brutal ataque con las tijeras.
—Significaría que el asesino es muy amigo de las serpientes. Hasta el extremo de poder colaborar con ellas en un crimen.
—Exacto.
Cruzaron por las zonas de recreo.
Muy animadas y concurridas. Las piscinas y jardines ya iluminados para contrastar las sombras del atardecer. Las pistas de tenis completas. El salón de juegos electrónicos a rebosar.
Se había cometido un crimen en el North Platte Hotel.
El hecho era conocido por todos los clientes.
Y poco les importaba.
El serpentarium sí estaba cerrado al público. La proyectada inauguración había sido aplazada. Con gran disgusto para los clientes del hotel. Querían ver a «Jelly». Querían admirar a la víbora asesina.
No habían trascendido muchos detalles del horrible crimen. El propietario del North Platte Hotel, poderoso e influyente, había conseguido que se silenciaran muchos detalles mientras el suceso estuviera bajo investigación.
Kellerman y Chapman se aproximaron a la Sala Venus por la puerta

trasera.
La entrada construida junto con la habitación acondicionada para Walter Lemmon. Este
mismo les franqueó la puerta.
—Lamento molestarle de nuevo, Lemmon.
—Estoy a sus órdenes, teniente.
Mickey Kellerman dirigió una semicircular mirada por la estancia.
El pobre Lemmon, en aquel agitado día, aún no había terminado de instalarse por
completo. Una de las maletas seguía sin abrir. La otra, sobre la cama, amontonaba ropa, libros de teatro y objetos personales.
—Sólo una pregunta, Lemmon —dijo el teniente—. Relacionada con «Jelly». ¿Sigue
convencido de que la serpiente fue instalada en el hotel?
—Lo estoy.

—¿Cuántas víboras cuenta el serpentarium?
—Cinco.
—¿En una misma vitrina?
—Sí. Tienen mucho espacio. No todas alcanzan la longitud de «Jelly».
—¿Las instaló usted mismo?
—Ayudado por el doctor Gibson. El naturalista que diseñó el serpentarium. El colaboró,
aunque fui yo quien las sacó del camión de transporte.
—¿Pudo alguien manipular en los cierres de seguridad de las vitrinas y sacar a «Jelly»?
—Sí, pero...
—Siga, Lemmon. ¿Qué iba a decir?
—Cuando quedó instalado el serpentarium, con los diferentes ofidios en sus respectivas vitrinas, yo pasé aquí para ir colocando los carteles. El serpentarium quedó desierto. Los montadores y el doctor Gibson ya se habían marchado.
—Cualquiera de ellos pudo regresar. Incluso algún empleado del hotel. O tal vez un
cliente. Cualquiera de ellos, movido por la curiosidad, manipuló en los cierres de seguridad de las vitrinas y tendió un lazo para cazar a Jelly. La sacó de aquí y luego, incapaz de controlarla o presa del pánico, la soltó.
Lemmon denegó.
Con lento movimiento de cabeza.
—Imposible.
—¿Por qué no, Lemmon?
—Si cualquier insensato hubiera entreabierto la vitrina, seria hombre muerto. Las
víboras habrían saltado sobre él. «Jelly», el áspid más peligroso del grupo, la primera. Sin darle tiempo a nada más.
—¿Y un hombre acostumbrado al manejo de las serpientes? ¿Un domador de serpientes?
Walter Lemmon entornó los ojos. Enfrentando su mirada a los de Chapman.
—Tampoco, teniente. El doctor Gibson aconsejó que yo fuera contratado precisamente por la imposibilidad de manejar a las serpientes. Mis serpientes están amaes tradas, pero
no domesticadas. Sólo yo puedo controlarlas. Si alguien abrió la vitrina, lo hizo utilizando una alargadera o cualquier otro utensilio. Nunca próximo a la vitrina.
—Gracias, Lemmon. No le molesto más... por hoy. Kellerman y Chapman abandonaron la estancia. Walter Lemmon cerró la puerta con el pasador.

Y al girar quedó paralizado por la sorpresa y el terror.
Allí, junto al lecho, le sonreía satánicamente Nicholas Grahame.
Con su larga chaqueta negra, con sus desmesurados pantalones, con sus zapatos de desgastada suela...

CAPITULO VII

La infrahumana carcajada hizo retroceder atemorizado a Walter Lemmon.

—Sólo yo puedo manejarlas... ¡Te has olvidado de mí, Walter! ¡Fui yo quien te enseñó a dominar a las serpientes!

Lemmon estaba pálido.

Una palidez casi similar a las cadavéricas facciones de Nicholas Grahame.

—Tú... has sido tú...

—Por supuesto, Walter. ¿Quién otro podía ser?

—Sí... lo sabía —tembló Lemmon, convulsivo—, pero me resistía a creerlo. Desde el primer momento... cuando desapareció «Jelly»... sólo tú...

—Estás muy bien instalado, compañero. Y también las serpientes, aunque yo echo de menos nuestro serpentarium de Beck Street. Aquello era más... tétrico. Más acorde con el morbo del público. Esto es demasiado refinado. Terminarás por volver a la casa de Beck Street, Walter. Tu y las serpientes. La dirección del North Platte Hotel pronto estará deseosa de desembarazarse de las serpientes. Te las volverán a ceder por un precio ridículo.

—¿Es eso lo que pretendes, Nicholas? ¿Sembrar el terror para que el serpentarium sea rechazado?

Grahame volvió a reír.

En desaforada carcajada.

—Estúpido... ¿Olvidas ya los motivos de mi regreso del infierno? El horror, la violencia, la muerte, el desenfreno de la lujuria, almas malditas para el Círculo de las Eternas Sombras... ¡Y como guardián de ese nuevo abismo del Averno! Shirley Bond ha sido la primera de mis víctimas. Ante ella me presenté como una horrible y alucinante criatura mitad hombre y mitad serpiente. En compañía de nuestra amiga Jelly.

—Te...te denunciaré..., lo contaré todo a la policía... .

—¿Qué pueden hacerme, Walter? ¿Matarme? —de nuevo resonó la estridente risa de Grahame—. ¡Ya estoy muerto! Te encerrarían a ti, compañero. ¡En un manicomio! ¡Para el resto de tus días!

Walter Lemmon se dejó caer en una de las sillas.

Ocultó el rostro entre sus manos. Comenzó a sollozar.

—Me iré... me iré de aquí... No quiero ser cómplice de tus monstruosos crímenes.

—¿Abandonando a las serpientes? No, Walter. Tú eres incapaz. Te conozco bien. Eres cobarde. Te asusta la soledad. Con las serpientes te sientes acompañado y seguro. Durante estos diez años han sido tu tabla de salvación, Walter. ¿Qué sería de tí sin ellas? También ellas te necesitan. Ya te lo he dicho en más de una ocasión. Tienes un don especial, Walter. Las serpientes lo han detectado. Puede que te consideren como un reptil más.

La carcajada de Nicholas Grahame resonó en la estancia. Obligando a encogerse aún más al aterrorizado Lemmon.

—Te lo suplico, Nicholas..., déjame... Apártate de mí..., déjame vivir en paz..., vete...
—No seas ingrato, Walter. Voy a convertirte en un hombre rico. En tu baúl de Beck
Street, donde guardas tus recuerdos de gloria, encontrarás algunas joyas. Per - tenecientes a Shirley Bond. Se las quité de la habitación. En el infierno no necesita ir engalanada.
—¡No quiero nada de ti! ¡No quiero ser tu cómplice!
—Comprarás el serpentarium, Walter. Y volverás a instalarlo en nuestra vieja casa de Beck Street. En nuestro hogar. Hogar... Eso me recuerda a Sarah. ¡La bella, dulce y encantadora Sarah! ¡Tu fiel enamorada
Lemmon alzó su crispado rostro.
A sus llorosos ojos asomó un súbito brillo. Un destello de odio.
—Maldito... maldito seas, Nicholas...
—Olvidemos a Sarah, compañero. No merece la pena discutir por ella. Era una furcia.
Deberías estarme agradecido. Ibas a casarte con ella. Gracias a mí descubriste que era una vulgar...
—¡Tú la violaste!
Grahame asintió divertido.
—Oh, sí..., eso fue la primera vez. Luego era ella la que rondaba mi habitación como gata en celo.
—¡Ya basta!... ¡Ya basta, engendro de Satanás! ¡Tú fuiste el causante de todo! Pervertiste a Sarah... tú... tú...
La voz de Lemmon se quebró en nuevo sollozo.
—De acuerdo, Walter. Eso pertenece ya al pasado. Sarah murió. Es curioso... También
víctima de un accidente de tráfico. Al igual que yo... ¡Bien! Dejemos las historias triste s.
Tengo mucho trabajo, ¿sabes? No debo descuidarme. Tengo que ir en busca de nuevas
víctimas que ofrecer al todopoderoso Satanás. Almas malditas que adornen las galerías del Círculo de las Eternas Sombras.
Lemmon no contestó.
Permaneció con el rostro oculto entre las manos. Sollozando presa de convulsivo
temblor.
Un prolongado silencio.
Walter Lemmon alzó la cabeza. Estaba solo en la estancia. Ignoraba el tiempo transcurrido desde la fantasmal aparición de Nicholas Grahame.
Consultó el reloj.

Pronto serían las diez de la noche.

Lemmon quitó la maleta de la cama.. También la ropa, libros y demás objetos allí amontonados. No continuaría ordenando sus pertenencias. Estaba cansado. Muy cansado.

Se dejó caer sobre el lecho. Sin desnudarse.

Tampoco se molestó en apagar la luz de la habitación. Los párpados le pesaban y un terrible dolor de cabeza punzaba en sus sienes. Cerró los ojos. Con las facciones crispadas.

De nuevo el invisible paso del tiempo envolvió a Walter Lemmon. Se incorporó profiriendo un pequeño grito.
Se percató de que estaba bañado en sudor. Jadeante. Con las manos temblorosas. Volvió a consultar su reloj de pulsera.
Ya era más de medianoche.
Walter Lemmon se levantó tambaleante. Encaminó sus pasos hacia el cuarto de baño,
pero se detuvo a mitad del camino. Asaltado por un presentimiento.
Avanzó hacia la puerta que conducía al serpentarium.
La luz ambiental, pilotos fijos en las paredes y en el suelo, permitían el contemplar las
vitrinas.
Lemmon caminó como un autómata.
Hacia una de las vitrinas.
«Rake». Boa constrictor».
La vitrina estaba vacía.
«Rake», la gigantesca boa de seis metros de largo, había desaparecido.

CAPITULO VIII

Margaret abrió la puerta cerrando de inmediato tras de sí.
La reducida antesala estaba iluminada por la lámpara depositada sobre la circular mesa. Margaret avanzó sigilosa hacia la puerta que comunicaba con el dormitorio. Hizo girar el pomo.
Sonrió al descubrir la habitación en total oscuridad.
Quería sorprender a Sammy Scott, pero éste también jugar al imprevisto . Por la
entreabierta puerta penetraba la luz procedente de la lámpara de mesa. Recortando
sombras en el dormitorio.
Y el bulto sobre la amplia cama.
Una silueta borrosa que aparecía oculta bajo las sábanas y el edredón.
Margaret amplió la sonrisa de sus sensuales labios. Avanzó muy despacio. Había quedado citada con Sammy Scott. Sin concretar hora. Cuando terminara el servicio.
Y Sammy Scott no la había esperado en pie. Se había acostado. Fingiendo dormir... o tal vez había quedado realmente dormido por la prolongada demora de la mujer.
Margaret había dejado la puerta que comunicaba con la antesala levemente entreabierta. Permitiendo el paso de un resquicio de luz. Una iluminación débil, aunque
suficiente para evitar el tropezar con los muebles. Margaret se despojó del níveo delantal.
Comenzó a desabotonar los cierres delanteros de su negro uniforme de camarera. Pronto asomaron sus voluminosos pechos. Como deseosos de libertad. Exuberantes.
Unos senos grandes, esféricos, con pezones castaños y puntiagudos que seguían bamboleantes los movimientos del cuerpo al desvestirse.
El uniforme cayó a los pies de Margaret.
Sobre la alfombra.
El seductor cuerpo de la mujer únicamente protegido por minúsculo slip. Unas braguitas de encaje blanco que transparentaban la íntima oscuridad del sexo femenino.
Margaret introdujo los pulgares bajo el elástico, del slip. Ayudada por un movimiento de caderas deslizó la diminuta prenda por los largos y esbeltos muslos.
Luego se desprendió de zapatos y medias. Sonrió contemplando la silueta de la cama.
Sammy Scott continuaba inmóvil. Totalmente tapado. Ajeno a la presencia de la mujer. Se estaba perdiendo un espectacular «strip-tease».

Margaret se aproximó al lecho. Con grácil movimiento se introdujo entre las sábanas.
Tendió sus desnudos brazos hacia Sammy Scott. Abrazándose a él. Al menos eso creía Margaret.
Percibió el viscoso y húmedo contacto. Sin saber definirlo. Retrocedió instintivamente. Con rapidez. Percatándose por primera vez de que la silueta que formaba bajo las
sábanas era demasiado voluminosa.
Alargó la mano derecha en busca del interruptor de la lámpara situada sobre la mesa de
noche.
No llegó a tocarlo.
La estancia se iluminó.

La artística lámpara del techo inundó con su potente luz el dormitorio. Margaret parpadeó deslumbrada.
Y cuando quiso reaccionar ya era demasiado tarde. Una mano taponó brutalmente su boca presionando la cabeza contra la almohada.
Escuchó la voz. Ronca y gutural.
— Quieta o acabo contigo. La mujer desorbitó los ojos. Presa del terror.
Frente a ella un monstruoso individuo. Un hombre de rostro desfigurado. Cubierto de llagas. Un nauseabundo relieve de verdosas pústulas. Unas facciones de marcada supuración. Como si hubiera sido atacado por ácido.
Carecía de cabellos, cejas, párpados, labios... El rostro era una palpitante llaga.
Y los ojos...
Los ojos del deforme individuo eran dos esferas blancas. Sin brillo.
Carentes de vida.
El terror hizo desobedecer a Margaret. Intentó incorporarse. Zafarse de aquella
horrible criatura.
—¡Quieta, maldita!...
Margaret percibió las punzadas en el cuello.
En la zurda del individuo un largo tenedor. Un trinchero de carne grabado con el
nombre del North Platte Hotel.
Y lo estaba clavando en el cuello de la mujer. Sin dejar de taponarle la boca con l a
mano derecha.
Ni aquel lacerante dolor físico fue capaz de inmovilizar a Margaret. Continuó
debatiéndose desesperada.
En un vano intento por librarse de su monstruoso atacante.
Y súbitamente cesó toda resistencia.
Margaret quedó inmóvil.
Rígida.
Paralizada por nuevo y alucinante terror.
A su izquierda, sobre el lecho, vio emerger la gigantesca serpiente. De grueso cuerpo. De brillante piel escamosa. Con un intenso y vivo colorido mucilaginoso.
El individuo rió gutural.
En infrahumana carcajada.
—Perfecto, Margaret... Eres Margaret, ¿verdad? Así llamó este estúpido cuando entré
en la habitación. Creyó que eras tú. No grites, Margaret... Si gritas o te

mueves asustarás
a «Rake» y se lanzará sobre ti... Voy a soltarte, pero recuerda... No grites o «Rake»
acabará contigo. No.
Margaret no gritó.
La cabeza de la serpiente estaba demasiado próxima. Rozando con su lengua viperina los
cabellos femeninos.

El hombre fue cediendo la presión de su diestra hasta dejar libre la boca de Margaret. También apartó el punzante tenedor del cuello de la aterrorizada mujer.
Margaret ladeó lentamente la cabeza.
Desencajó las facciones al descubrir a Sammy Scott. A duras penas controló el
desgarrador grito que pugnaba por brotar de su garganta. Dominó todo aquel satánico
horror.
Sammy Scott estaba a su lado. Oculto casi por completo por el cuerpo de la serpiente. La gigantesca boa constrictor, de unos seis metros de largo, continuaba enroscada a Sammy Scott. Envolviéndole. Le había re- ventado. Triturado los huesos. Aplastado con su poderosa fuerza opresora.
El atractivo rostro de Sammy Scott, mediocre actor de Hollywood, estaba crispado en indescriptible mueca. Sangrando por la boca, nariz, ojos y oídos. Reventado como un tomate maduro.
Rake comenzó a moverse.
Sinuosa.
Desenroscándose del inmóvil cuerpo de Sammy Scott. Con lentitud. Con majestuoso deslizar ondulante.
—Tranquila, Margaret —rió el individuo—. Nada te hará mientras no grites y
permanezcas inmóvil. Rake es una de las serpientes más bellas que existen. No es venenosa, pero sí de poderosa fuerza destructora. Fíjate en su brillante piel. Casi tan suave como la tuya.
Las manos del hombre se habían posado sobre el vientre de Margaret.
Subieron. Acariciadoras.
Hasta apoderarse de los senos femeninos que estrujó una y otra vez con sádico placer. Se inclinó sobre Margaret.
Acercando aquel ulcerado rostro plagado de nauseabundas llagas. Entreabrió la boca. Un orificio carente de labios.
—No..., no..., piedad...
—¿Qué te ocurre, nena? Era esto lo que buscabas aquí, ¿no es cierto? Sólo que has
cambiado de partenaire. No te preocupes. También yo te haré gozar...
Margaret gimió de dolor.
Acusando las brutales caricias del individuo.
El hombre se volcó sobre Margaret. Posando su repugnante boca sobre los labios de la
mujer. Besándola ávidamente. Lujurioso. Comenzó a jadear.
Margaret contempló aquellos ojos blancos. Totalmente níveos.

Aquellas dos bolas carentes de vida.
Al obsceno jadear del individuo se unió un nuevo sonido.
Sibilante. Ssssssssss.
Muy próximo a la oreja izquierda de Margaret. Esta creyó enloquecer de terror.
Pero aquello sólo era el principio.

CAPITULO IX

Mickey Kellerman abarcó entre sus manos el rostro femenino.
—La luna huye ruborosa al verse reflejada en tus ojos..., el brillo de las estrellas es
eclipsado por la luminosidad de tus pupilas...
—¡Oh, Mickey!... Eres maravilloso. ¿De dónde has sacado tan románticas palabras?
—De una novela rosa —sonrió Kellerman, siguiendo la ironía de la joven—. ¿Quieres
conocer el final de la novela?
El detective besó los gordezuelos labios de Jessica.
Primero con suavidad, paulatinamente fue haciendo más voraz su beso. Más apasionado.
Abrazando a Jessica contra sí. Deslizó las manos por la espalda de la muchacha. Fue su
diestra la que bordeó la cimbreante cintura para subir cautelosa hacia los turgentes
senos. Porfió con los botones de la blusa.
—Mickey...
-¿Sí?
—Quietas las manos.
—Sólo es una mano —murmuró Kellerman, besándola en el cuello—. Una mano trémula que anhela...
Jessica le interrumpió.
Rechazándole con firmeza a la vez que se levantaba de la mecedora del jardín.
—Ya basta de literatura rosa, Mickey. No vas a engatusarme. Kellerman también se incorporó.
Aproximándose a Jessica.
—¿Engatusarte? ¡Por favor, Jessica! Sólo tienes que alzar la mirada al cielo. Contempla
el negro manto de la noche, el parpadear de las estrellas, el disco de plata de la luna, el ronronear de las aves nocturnas... Una noche para el amor, Jessica.
La muchacha se ajustó los dos botones de la blusa. Sonrió divertida.
—No hay luna, Mickey. Ni tampoco estrellas. Y sólo se escucha el cantar de los grillos.
—Yo puedo hacerte ver toda la luminosidad acompañada de sonido de campanas.
—Y yo puedo hacerte ver las estrellas, Mickey —advirtió Jessica, rechazando de nuevo las manos del detective—. Con un simple rodillazo en determinado sitio, ¿entendido?
Kellerman chasqueó la lengua.

—Me das pena, Jessica. Una chica joven, bonita... y carente de todo romanticismo.
—Te equivocas. Soy romántica, pero no tonta. Te conozco. Llevas unos tres meses en el
North Platte Hotel. Y en ese tiempo has tratado de conquistar, reconozco que con éxito,
al servicio femenino del hotel y a las dientas de buen ver. No quiero ser una más en tu
colección.
—Y no lo eres, Jessica. Tú eres distinta a todas.
—Me gustaría creerte, Mickey. Se miraron a los ojos.
Kellerman volvió a posar sus manos sobre los hombros femeninos. La atrajo contra sí. Muy lentamente.
Y Jessica entreabrió los labios a la vez que cerraba los ojos.

En espera del beso. Un beso que no llegó.
Fue alejado por unos precipitados pasos que sonaron por el camino que circundaba el jardín.
Mickey Kellerman y Jessica estaban en el bello jardín del North Platte Hotel. Distantes de las piscinas. En una zona poco iluminada. Ningún cliente. Ya era más de medianoch e. Los noctámbulos preferían el nigth-club o el salón de juego.
—Es Freddy... Parece estar buscando a alguien —susurró Jessica—. Tal vez deba
incorporarme yo a mi turno en la centralilla.
Mickey Kellerman salió de entre las sombras del jardín.
—¡Eh, Freddy!... ¿Buscas algo? El muchacho respingó.
Fue más bien un salto acompañado de un pequeño grito.
—Me...me ha asustado, señor Kellerman. A usted le buscaba. Algo grave ha ocurrido en
el serpentarium.
Mickey Kellerman se alejó a grandes zancadas. Minutos más tarde llegaba al Salón Venus.
Junto a la entrada John McLeglan y Ralph Moore.
—¿Qué sucede?
El director del hotel estaba atemorizado.
Y también furioso.
—Otra... otra... ser...ser...ser...
Mickey Kellerman no tuvo paciencia y se adentró en la sala.
Paul Megginson, uno de los policías pertenecientes al Departamento de Homicidios que
guardaba turno en el hotel, conversaba con Walter Lemmon.
—¿Qué ha ocurrido, Paul?
—Hola, Mickey —saludó el policía—. Ha desaparecido otra serpiente.
—¿Otra víbora?
El policía hizo una mueca.
—No. Aquélla.
Mickey Kellerman siguió con la mirada la dirección marcada por el policía. Parpadeó estupefacto al contemplar la vacía vitrina. La correspondiente a la boa constrictor.
—¿La...la boa? ¿Ese descomunal bicho? Pero... ¿cómo diablos ha podido ser?
—Esa misma pregunta me hago —dijo Megginson—. Ya he dado aviso al teniente
Chapman.
Walter Lemmon, pálido y tembloroso, dejó oír su débil voz.
—Lo...lo descubrí hace unos minutos... Estaba en mi habitación. Me quedé dormido

sobre la cam. Me disponía a desvestirme cuando se me ocurrió echar un vistazo al
serpentarium y...
—¡Maldita sea! —interrumpió Kellerman—. ¿No escuchó nada? ¡No se pueden llevar una boa de seis metros bajo el brazo!
—Los cierres de seguridad no han sido forzados —señaló el agente Megginson—. Todo
parece en orden. No he tocado nada. Si hay huellas...
Ralph Moore penetró en la sala.

Precipitadamente.
—¡Mickey!... Me acaban de notificar la desaparición de un carro del servicio de
lavandería. Uno de los carros de la planta baja.
—Un carro de lavandería... Sí, puede ser. Un medio de transporte para «Rake».
—¡Hay que localizar ese carro! —exclamó Megginson—. Salgamos de aquí. Debo cerrar
bajo llave el serpentarium.
Abandonaron el local.
El teniente Chapman hacía su entrada en el hotel. Acompañado de varios agentes
uniformados.
Paul Megginson acudió a su encuentro.
Mickey Kellerman también hizo ademán de reunirse con el teniente, pero le retuvo la voz de Lemmon.
—Kellerman..., ¿puedo hablar con usted unos segundos?
—Por supuesto.
Walter Lemmon miró a izquierda y derecha. Temeroso.
—Yo...yo sé quien es el culpable de todo. Conozco al asesino de Shirley Bond.
Kellerman entornó los ojos.
Fijos en el pálido Lemmon.
—¿Quién?
—Es...es Nicholas Grahame. Mi socio en el serpentarium. También él maneja las
serpientes.
—Ignoraba que tuviera un socio, Lemmon. ¿Dónde puedo localizarle?
—Es...está muerto.
—¿Muerto?
—Ayer fue enterrado.
Kellerman sacudió la cabeza.
—Temo no comprenderle, Lemmon... Si fue enterrado ayer, no pudo cometer el
asesinato de Shirley Bond.
—Déjeme explicarle, Kellerman. Grahame... Nicho- las Grahame... regresó del infierno.
—Oiga, Lemmon...
—¡Tiene que creerme, Kellerman! ¡Le juro que es cierto! Le ha enviado Satanás para...
—¡Hemos localizado el carro desaparecido, Mickey! —gritó Ralph Moore—. ¡En la planta ocho!
—Ya seguiremos hablando, Lemmon —se despidió Kellerman.

—Pero... ¡Señor Kellerman!
El detective ya corría hacia uno de los elevadores.
Cuando llegó a la planta octava, el teniente Chapman ya había distribuido a sus hombres
por todo el corredor, en el bar y en el salón social.
Fueron llamando a cada una de las habitaciones.
—Buenas noches, Henry.
—¿Buenas? Lo dudo, Mickey. Una víbora, una boa... Esperemos no encontrar un
segundo asesinato. ¿Qué te contaba Lemmon?
—Sospecho que se ha vuelto loco.

—¿De veras? No sería la primera vez.
—¿Qué quieres decir, Henry?
—Nada de importancia. ¿Por qué dices que se ha vuelto loco?
—Asegura que el asesino es su socio. Nicholas Grahame: Un tipo que también domina las serpientes.
—El tal Grahame fue enterrado ayer. Puede que...
—¡Teniente!
Uno de los agentes estaba frente a la puerta señalizada con el número 807.
Los clientes que habían ido siendo desalojados de sus respectivas habitaciones pasaban al ya registrado salón social.
—¿Qué ocurre?
—Nadie responde en esta habitación.
—La ocupa Sammy Scott —informó Ralph Moore, portando un juego de llaves—. No le he visto salir del hotel.
—Abra la puerta y retírese de inmediato. El jefe de recepción obedeció.
El teniente Henry Chapman fue el primero en penetrar en la antesala. Con su reglamentario revólver del treinta y ocho en la diestra.
Seguido de Mickey Kellerman.
La puerta que comunicaba con el dormitorio estaba abierta. Les llegó el sibilante sonido.
Sssssssss.
—Sospecho que ahí tenemos a... Henry Chapman enmudeció. Incapaz de concluir la frase.
Sí.
Allí estaba la gigantesca «Rake». La viscosa y mul ticolor boa constrictor. Serpenteando encima de la cama. Enroscada a los dos cadáveres.
Del colorido de su escamosa piel destacaba un fuerte tono rojizo sangre. La sangre del descuartizado cuerpo de Margaret.
Un brutal tajo en la yugular. La cabeza apenas unida al tronco. Luego el corte transversal. Desde la concavidad de la garganta hasta el bajo vientre. Por entre los pechos. Profundizando en el vientre. Un sanguinolento boquete. Asomando los intestinos. Y sobre aquel amasijo de visceras el tenedor y el afilado cuchillo de trinchar.
La serpiente se fue desenroscando de los dos cadáveres. Acentuando su siniestro silbar.
Ssssssssss.
—Maldita sea... ¿Dónde diablos está Lemmon?

—Ya han ido a buscarle, Henry —murmuró Kellerman, también impresionado por el espeluznante espectáculo—. No debe tardar.

La boa avanzó zigzagueante.

—¿Tienes revólver, Mickey?

—Sí, Henry.

—Prepárate entonces, muchacho. Mi pulso ya no es el de antes. Llegó el agente Megginson.
Jadeante.
—No...no encontramos a Walter Lemmon por ninguna parte... Ha desaparecido...
«Rake» ya estaba muy próxima.
Con la cabeza erguida.
Dispuesta a atacar. Sssssssss.
—Ahora, Mickey.
Kellerman empuñó su revólver Apretó fríamente el gatillo.
Destrozando de certero balazo la cabeza de «Rake».
* * * Henry Chapman vació el vaso de leche.
—Sólo las huellas de Walter Lemmon. En la vitrina de «Jelly» únicamente se encontraron las huellas de Lemmon. Apuesto que igual ocurrirá en la vitrina de la boa «Rake».
—Eso nada significa, Henry. El asesino pudo utilizar...
—Tengo algunos datos de la autopsia de Shirley Bond —interrumpió el teniente—.
Adelantados por el forense. Se confirma la violación. Y que fue mordida por la serpiente antes de que le hundieran la tijera en los ojos. Apenas una diferencia de segundos entre ambos ataques. Significa ello que el asesino estaba tranquilo al lado de la víbora. Al igual que permaneció junto con la nauseabunda boa.
—Lemmon no pudo ser.
—¿Quién entonces, Mickey? ¿Crees acaso en la reencarnación de Nicholas Grahame? Kellerman encendió un cigarrillo.
El humo trazó fugaz cortina sobre las endurecidas facciones del detective.
—Lemmon estaba aterrado. El sí parecía creer en la reencarnación de su socio, pero los muertos no salen de las tumbas. Yo temo más a los vivos, Henry.
—También yo, muchacho. Los muertos no hacen daño. ¡Perra noche!... Ya está amaneciendo. Y los cadáveres todavía en la habitación 807. Maldita sea... No sé qué
infiernos ocurre con la autorización.
—Tus hombres ya han terminado, ¿no es cierto?
-Sí.
—¿Huellas?
—Ninguna. Al menos huellas dactilares. Sí en las vitrinas de «Jelly» y «Rake». Las de
Walter Lemmon.
—¿Me ocultas algo, Henry?
Chapman esbozó una sonrisa.

—¿Qué tramas, Mickey? ¿Invitarme a un vaso de leche es para sobornarme?

—¿Por qué no? Estoy en la cuerda floja, Henry. El director del hotel no comprende mi situación. Este no es el caso de un «rata de hotel» o cualquier otro pequeño delito. Tres asesinatos y la policía investigando. ¿Me permitirías husmear junto con tus muchachos?

—Por supuesto que no.
—Eso es lo que no entiende el señor McLeglan. Empieza por culparme de la falta de
seguridad en el serpentarium. Y de que los clientes de la planta ocho esten desalojando las habitaciones. Hoy se producirá una auténtica estampida. El North Platte Hotel ha quedado maldito. Hotel Infierno le llamó una cliente de Boston.
—Será un arma de dos filos, Mickey. Determinado público escapará y otro se sentirá
atraído. Hay para todos los gustos. Puede incluso que las habitaciones 812 y 807 sean de las más solicitadas. Hay mucho hijo de perra suelto por el mundo.
—¿Puedes hablarme de Walter Lemmon y Nicholas Grahame? Eso no creo que pertenezca al secreto de investigación.
El teniente Chapman consultó el reloj. Hizo una mueca.
—Muy brevemente. Nuestra investigación se centró en Walter Lemmon, pero su vida está bastante vinculada a la de Nicholas Grahame. Al menos durante estos últimos diez años. Walter Lemmon es hijo y nieto de gente de teatro. Debutó muy joven en las tablas. Se especializó en obras de teatro clásico, aunque jamás actuó como primera figura. Consciente de su mediocridad se decidió por probar suerte en el mundo del cine, permaneciendo una larga temporada en Los Angeles. En Hollywood su anonimato fue aún mayor. Participó en muchas películas, pero siempre en papeles secundarios y filmes menores. Su mejor oportunidad de destacar fue con la productora Burnett Films. Dedicada al cine de terror y fantasía. Walter Lemmon encarnó a los más variados monstruos del cinema. Fue en una de esas películas, El áspid de la muerte, donde conoció a Nicholas Grahame. La productora había contratado Las serpientes de Grahame para la película. Fue un fracaso económico. Y la Burnett Films había invertido un fuerte capital. Cesó la productora y Lemmon se encontró sin trabajo; aunque con unos pequeños ahorros. Marchó a San Francisco. En busca de Grahame. Había quedado muy impresionado por las serpientes. El negocio de Grahame no marchaba muy bien. De ahí que aceptara de buen grado su sociedad con Lemmon.
—¿Les fue mejor el negocio?
—Muchos gastos y pocos beneficios. Fueron pasando los años medianamente. Con
altibajos. Ahora estaban arruinados. Con deudas por doquier. Nicholas Grahame murió víctima de un accidente de tráfico y Lemmon vendió el serpentarium al North Platte Hotel. Incapaz de continuar solo la lucha. El North Platte Hotel ya les había hecho ofertas con anterioridad, pero Grahame las rechazaba.

—¿Eso es todo?
—Si, Mickey. Walter Lemmon es un hombre vulgar y anodino. Sólo su trabajo en el cine y el estar rodeado de serpientes proporciona aliciente a su gris y vacía vida.
—Olvidas algo, Henry. Mencionaste cierto detalle relacionado con la locura de Walter
Lemmon.
—Ah, sí... Nada de importancia. Estuve internado un par de veces en centros psiquiátricos. La primera de ellas a raíz de la muerte de su madre. Se encontró solo y eso le afectó. Luego, años más tarde y ya en sociedad con Nicholas Grahame, volvió a ser internado; aunque tan solo un par de meses. Una crisis originada por la muerte de su prometida. Una tal Sarah Kent. Iba a contraer matrimonio con ella.

—¿Cómo murió?
—Accidente de tráfico. Atropellada por un auto que se dio a la fuga —el teniente
sonrió—. No adelantes conjeturas, Mickey. Nicholas Grahame murió al saltarse un stop. Y
el causante del accidente es un joven melenudo ya identificado.
—Dos muertes originaron crisis psíquicas en Walter Lemmon. Puede que ahora, la de
su socio Grahame también le haya alterado la mente. Hasta el extremo de creer en su
regreso del... infierno. ¿Por qué habrá mencionado el infierno? ¿Por qué concretó? Pudo decir que había regresado de la muerte, del Más Allá...
—Del infierno, Mickey. No sé mucho de Nicholas
Grahame, pero lo poco de que he sido informado es más que suficiente para asegurar
que se encuentra en el infierno. Es de suponer que... Disculpa, muchacho. Ya seguiremos hablando.
Henry Chapman abandonó el snack de la planta baja. Acudiendo al encuentro de dos individuos que estaban en la sala de recepción.
Kellerman quedó acodado en el mostrador. Pensativo.
Con la mirada fija en un indefinido punto.
Paulatinamente un fuerte brillo asomó a sus ojos. Muy fugaz. También una dura sonrisa
se dibujó en sus labios.
Salió precipitadamente del local. Hacia el mostrador de recepción.
Allí aún permanecía Ralph Moore. También para el jefe de recepción aquella había sido
una larga noche de insomnio.
—Dame el libro de registro, Ralph. Quiero echar una mirada a los últimos clientes
llegados al hotel.
Moore ahogó un bostezo.
—¿Crees encontrar ahí al asesino?
—Correcto, Ralph —respondió Kellerman, con fría voz—. Ahí figura el asesino.

CAPITULO X

Mickey Kellerman abrió la portezuela del Pontiac. Acomodándose en el vehículo.

—Buenos días, Paul.

El policía, reclinado en el asiento y con los ojos somnolientos, dio un respingo.

—¡Maldita sea, Mickey!... ¡Buen susto me has dado! ¿Tienes un cigarrillo? Se me han terminado hace un par de horas y me muero por fumar.

—No hables de muertes, Paul —dijo Kellerman, tendiendo una cajetilla—. Ya hemos tenido bastantes en la noche.

Paul Megginson encendió un cigarrillo. Avidamente.

—¿Cómo siguen las cosas por el North Platte Hotel?

—Hace poco que se autorizó el levantamiento de los cadáveres. La prensa ya cerca el
North Platte Hotel. Se pudo silenciar en parte lo de Shirley Bond, pero ahora... ¿Y aquí?
¿Cómo te va?

Megginson fijó la mirada en el 771 de Beck Street.

En la sucia y gris fachada del viejo serpentarium.

—Tranquilidad total. Walter Lemmon no se ha dejado ver por aquí. Deduzco que tampoco por el hotel, si no ya me hubieran cursado aviso para que cesara la vigilancia.

—¿Has mirado dentro de la casa, Paul?

—Cuando llegué no había luz alguna. Durante el resto de la noche tampoco se iluminó
ninguna ventana.

—Eso no responde a mi pregunta —sonrió Kellerman—. Cuando tú llegaste a Beck
Street, Lemmon ya podía estar dentro de la casa.

—Es posible, pero tengo órdenes muy concretas. No hay acusación alguna contra Walter
Lemmon. Simplemente ha desaparecido y es hombre importante para el curso de la investigación. Hay dar con él. Si le veo aparecer acudiré para conducirle ante el teniente Chapman. Sólo eso, Mickey. No tengo autorización para un registro en la casa.

—Puede que estés perdiendo el tiempo.

Megginson hizo una mueca.

Acompañada de resignando encoger de hombros.

—No sería la primera vez.

—Sospecho que Walter Lemmon se encuentra dentro de la casa, Paul. Es un hombre
enfermo. Un hombre de mente trastornada. Puede incluso poner fin a

sus días. Tal vez
ya...
—No sigas, Mickey. Yo me limito a cumplir órdenes.
Kellerman sonrió.
—Imagina por un momento que un hombre se aproxima al 771 de Beck Street. Y entra
en la casa. No se trata de Walter Lemmon. ¿Qué harías tú? El policía empequeñeció los ojos.
Enfrentando su mirada a la de Kellerman.
—Ese hombre... ¿forzaría la entrada?

—Nada de eso. Es un tipo hábil. Apuesto que lleva una magnífica ganzúa.
—Un fulano hábil, con ganzúa... Todo será muy rápido. Puede incluso que no lle gue a ver
nada.
Kellerman amplió la sonrisa.
—Gracias, Paul. Regresaré de inmediato y te informaré.
Mickey Kellerman descendió del auto.
Un policía se encontraba en ocasiones atado por legalismos. El allanamiento de morada era falta grave a la Cuarta Enmienda.
Henry Chapman estaba en lo cierto.
Kellerman jamás hubiera sido un disciplinado policía.
Se detuvo frente a la entrada del viejo serpentarium. La puerta grande. La más fácil de franquear. Así fue. Con un sólo par de intentos con la ganzúa logró abrir la hoja de madera.
Kellerman penetró cerrando tras de sí.
La penumbra envolvía el interior. La claridad del día era controlada por los cerrados ventanales.
Mickey Kellerman cruzó ante la taquilla.
Apartó los cortinajes que daban acceso al serpentarium. Aún estaban las vitrinas.
Ahora vacías. De un cristal ya envejecido y oscuro. Kellerman retornó sobre sus pasos.
En busca de la puerta que conducía a los pisos superiores de la casa.
Al abrir la puerta le llegó un ruido.
Unos golpes.
Unas pisadas en el techo.
Muy lejanas.
Mickey Kellerman comenzó a subir la pronunciada escalera. Cada peldaño era
acompañado de ruidoso crujir. Y ese crepitar hizo silenciar las pisadas en el techo. Kellerman se detuvo.
Ahora todo era silencio.
Reanudó la subida. Nuevamente el crujir de la escalera, aunque las pisadas en el techo
habían cesado por completo.
La primera planta destinada a vivienda. Tres habitaciones, la cocina, el salón-comedor,
el cuarto de baño... Muebles viejos y recubiertos de polvo.
Mickey Kellerman, tras inspeccionar cada una de las estancias, retornó a la escalera.
El último tramo conducía a la buhardilla.
La puerta entreabierta. Muy brevemente.

Kellerman la empujó con lentitud. Un agudo chirriar adornó el girar de la hoja de madera.
La estancia en la penumbra.
Sólo los tenues resquicios de luz que se filtraban por el ventanal más ajustado. Como fantasmales sombras se perfilaban los escasos muebles. Un armario, el baúl...
Y una de aquellas sombras tomó la vida.
Abalanzándose sobre Kellerman.

El detective esquivó en parte el súbito ataque. Tal vez paralizado por la sorpresa... Y el terror. Pudo ver el rostro de su agresor. Unas facciones marcadamente pálidas. Casi blanquecinas. Unos ojos rojos inyectados en sangre. Y de la boca asomando unos largos y afilados colmillos. Su atacante lucía una capa negra de forro aterciopelado rojo.
Le aferraba por el cuello.
Tratando de hundirle aquellos colmillos en la yugular.
Mickey Kellerman, recuperándose de la sorpresa en rápido alarde de reflejos, se dejó caer. Arrastrando tras de sí al contrario.
Rodaron por el suelo.
Kellerman se zafó con habilidad de su atacante. Incorporándose veloz. Acudió al
ventanal. Consciente de que la oscuridad no le beneficiaba. Desconocía el terreno y... Al abrir la ventana resonó el alarido.
Un desgarrador grito que coincidió con la entrada de la luminosidad del sol.
—¡No!... ¡No!... ¡Esa luz!...
Kellerman parpadeó.
Contemplando estupefacto al individuo.
Guardaba gran semejanza con el Drácula de las películas de terror. Y actuaba como tal.
Retorciéndose por el suelo al ser bañado por la claridad del día.
Como un auténtico vampiro.
Y con infrahumano rugir volvió a abalanzarse sobre Kellerman. Este no se dejó sorprender. Se hizo a mi lado esquivando la embestida. Cuando se disponía a corresponder con un golpe de karate, interrumpió el iniciado ademán quedando con el
brazo en alto.
No era necesario.
El individuo se había dado un golpe contra la . pared quedando semiaturdido.
Mickey Kellerman encendió un cigarrillo a la vez que trazaba una mirada por la estancia.
La buhardilla era amplia. En una de las paredes un gran espejo junto con una mesa repleta de frascos y pomadas.
Kellerman abrió el armario.
Rebosante de ropa. Más bien disfraces. De todas las épocas. Con gran variedad de
pelucas y postizos.
El baúl permanecía abierto. Máscaras y postizos se entremezclaban con libros y revistas
teatrales, recortes de periódicos y fotografías.

Un leve gemir hizo desviar la mirada de Kellerman.
—Una magnífica actuación, Lemmon. Le felicito. Es usted un buen actor. Fue como si en
verdad me atacara un vampiro.
Walter Lemmon gateaba hacia un destartalado camastro.
Se sentó torpemente.
—Kellerman..., ¿qué hace aquí?
Mickey Kellerman succionó el cigarrillo para seguidamente esbozar una sonrisa.
—Entré en su busca y me encontré con un vampiro.
—¿Vampiro...? No le comprendo...
—Está caracterizado de vampiro, Lemmon. Lentillas rojizas, colmillos...
Walter Lemmon se llevó ambas manos al rostro. Palpándose. Se despojó de la peluca,

colmillo y de una fina película adherida a su rostro. Tiró de ella como si fuera una segunda piel.
Sacudió la cabeza.
Dirigiendo una perpleja mirada a Kellerman.
—No...no recuerdo haberme caracterizado de...
—¿Por qué desapareció de North Platte Hotel?
—Yo...yo estaba aturdido, atemorizado... Después de hablarle comprendí que no daría crédito a mis palabras.
—Su presencia nos era necesaria para dominar a la boa, Lemmon. Nos vimos obligados a matarla.
—¿Han...han matado a «Rake»?
—Sí, Lemmon. La encontramos en la habitación 807. Junto con dos cadáveres. Dos
asesinatos más en el hotel.
—Cielos...
—Acompáñeme, Lemmon. Varaos a hablar con el teniente Chapman.
—Usted no puede entenderlo, Kellerman. No hay forma humana de acabar con este horror. No se puede luchar contra las fuerzas del mal. Nicholas Grahame ha regresado del Averno. Con poderes infernales. Durante tres días sembrará el terror, la violencia, la
sangre, la muerte...
—Los que entran en el infierno jamás salen de él.
—Nicholas lo ha hecho. Yo le he visto.
—No, Lemmon. Han sido imaginaciones suyas — dijo Kellerman—. Usted está enfermo.
La muerte de Ni- cholas Grahame le ha afectado... y le hace ver fantasmas. Una mueca de estupor e incredulidad se reflejó en Lemmon.
Parpadeó repentinamente.
—¿Insinúa...?
—Sí, Lemmon. Todo han sido imaginaciones suyas.
—Pero,..¿y las muertes? ¡Se han cometido tres asesinatos! ¡Tres monstruosos crímenes
obra de Nicholas! El mismo me confesó cómo mató a su primera víctima. Horrorizó a
Shirley Bond hasta enloquecerla. Se transformó en un horripilante monstruo. Una
alucinante criatura mitad hombre mitad serpiente.
Kellerman retrocedió unos pasos.
Hacia el abierto baúl.
De allí tomó una fotografía. Enmarcada. Un fotograma de la película El áspid de la
muerte, de la Burnett Films, según constaba sobre la cartulina.

Representaba a un
monstruo de ficción mitad hombre y mitad serpiente.
—¿Así, Lemmon?
Walter Lemmon tomó el marco con temblorosas manos.
—Este... soy yo... En la película El áspid de la Muerte. Me dieron un premio por mi
caracterización. Fue algo...
—Usted mató a Shirley Bond —interrumpió Kellerman, secamente—. También a Margaret Gold y Sammy Scott. Primeramente acompañado de «Jelly» y luego de «Rake». Ningún otro hombre podría hacerse acompañar de las serpientes. Ningún otro sería capaz
de sacarlas de las vitrinas con sus propias manos. Sólo usted... o Nicholas Grahame.

—¡Nicholas!... ¡Fue él!
—No, Lemmon. Está enfermo. No recuerda lo ocurrido. Su transtornada mente ha
adquirido una doble personalidad. Creyó ver a Nicholas, hablar con él...; pero Nicholas Grahame está muerto. Y usted le ha suplantado para cometer esos monstruosos crímenes. La violencia, la depravación del sexo, la crueldad... privilegios de Nicholas Grahame, los ha asimilado usted para cometer les asesinatos,
—No...no es cierto...
—Ha actuado con astucia, Lemmon. Ayer, antes de instalar el serpentarium, se
caracterizó para inscribirse en el hotel. Ocupó la. habitación 711. Bajo el nombre de Glenn
Strucker, simulando ser un agente comercial de Illinois. Llegó con dos voluminosa s
maletas. He registrado esa habitación, Lemmon. La de todos los inscritos en el día de ayer. Y en la habitación 711 encontré máscaras horripilantes, lentes de contacto alucinantes, pelucas, tintes de maquillaje profesional... y un extraño traje de viscosas escamas multicolores.
—No...no sé de qué me habla... sufre un error... Yo no...
—Cuando desapareció Jelly, no acudió a Beck Street a buscarla; sino que sé caracterizó como Glenn Strucker. Así podía deambular libremente por el hotel. Tomó su llave y, transformado en horrible monstruo, acabó con Shirley Bond. Luego salió del hotel
convertido en Glenn Strucker. Hasta que le vi entrar, jadeante y sudoroso, como Walter Lemmon. Aquí también tiene un buen equipo de maquillaje. Puede que su mente cre yera realmente que venía de buscar a Jelly; pero lo cierto es que había ejecutado a la primera de las víctimas.
—Pero Nicholas..., le vi..., hablé con él..., contó...
—Sólo en su imaginación, Lemmon. No existió tal diálogo. Por muy real que le
pareciera, solo era producto de su imaginación. De su mente enferma.
Lemmon ocultó el rostro entre sus manos.
—Dios..., otra vez..., otra vez...
—¿Otra vez?
Walter Lemmon descubrió sus crispadas facciones.
—No quería... yo no quería matar a Sarah, pero ella me engañó..., se entregó a
Nicholas... Sarah era buena... hasta que el maldito Nicholas... Yo no quería... ¡No quiero matar!... ¡No quiero matar!...
Lemmon atrapó veloz el marco depositado sobre el camastro.

Arrojándolo con fuerza hacia Kellerman.
El detective fue sorprendido por el súbito ataque. Una de las esquinas del portarretratos
le alcanzó violentamente en la frente. Trastabilló sin llegar a perder el equilibrio, pero sí cayó aparatosamente ante el empuje de Lemmon.
Volvieron a rodar por el suelo.
Y ahora fue Walter Lemmon el primero en incorporarse. Precipitándose hacia el
abierto baúl. De allí extrajo una daga. Un punzante y afilado puñal. Avanzó amenazador hacia el aturdido Kellerman que todavía continuaba en el suelo.
—¡Quieto! —ordenó una voz—. ¡Quieto o disparo!
Walter Lemmon giró hacia la puerta.
Con las facciones desencajadas en indescriptible mueca.
No obedeció la orden de Paul Megginson y, con infrahumano grito, se lanzó al ataque cuchillo en alto.
Megginson apretó el gatillo de su revólver.
El impacto en el pecho hizo retroceder a Lemmon. Tras un breve temblar de piernas se
desplomó.
Mickey Kellerman, ya recuperado, acudió junto al caído.
Walter Lemmon tenía los ojos muy abiertos. Desorbitados.
Con una mueca de terror en sus crispadas facciones.
—¡No!... No... ¡No quiero ir, Nicholas.
—Tranquilo,. Walter —dijo Kellerman—. Vamos a llamar a una ambulancia y...
—¡Está ahí!... ¿No lo ven?... ¡Es Nicholas!
Era tal la fuerza de aquellas palabras que Kellerman y Megginson desviaron instintivamente la mirada hacia el lugar señalado por Lemmon.
—Aquí no hay nadie, Walter. Tranquilo. Vamos a... Lemmon comenzó a agitarse.
Una bocanada de sangre asomó a su desencajado rostro.
—No... ¡No, Nicholas!... ¡No quiero ir contigo!... ¡Suéltame!... ¡Suéltame!... ¡NO!... ¡Al
Círculo de las Eternas Sombras, no!... ¡NO!... Un último espasmo sacudió a Walter Lemmon. Luego quedó inmóvil.
Con aquella alucinante mueca de terror reflejada en el rostro.
Como si realmente hubiera cruzado los umbrales del infierno.

EPÍLOGO

Furioso.
John McLeglan estaba furioso.
—¿De don... don... don...?
—Parece una campana, señor McLeglan —sonrió Kellerman—. ¿De dónde vengo? ¿Esa es la pregunta?
El director del hotel sacudió la cabeza.
—¡Si!
—De mi habitación. He estado pensando.
—¿De... de... veras? Oiga, Ke... Kellerman —McLeglan pareció calmarse ante el paso de
unos clientes por el hall de recepción—; ha perdido un par de días con su continuo
deambular al Departamento de Homicidios para prestar declaración. ¡Y yo le quiero aquí!
—¿Acaso ha ocurrido algo?
John McLeglan cerró con fuerza los puños.
Pareció contar mentalmente hasta diez.
—Demasiado 1Q sabe. Ésta mañana Lloyd Stillers y sus invitados iban a visitar el
serpentarium. ¡Lloyd Stillers en persona! Y le prometí que usted contaría la historia de
Walter Lemmon y su socio regresado del...
—Un momento, McLeglan. Eso ha sido un invento de los periodistas. El pobre Lemmon era un loco que imaginaba...
—¡Los clientes quieren oír esa historia de fantasmas!
¡Y quieren oírla de usted, und de los principales protagonistas! Puede cubrirse de gloria,
Kellerman. Recibirá generosas propinas y...
—¿Cubrirme de gloria? —interrumpió Kellerman, despectivo—. Esto es basura, McLeglan. Y los clientes apiñados en el serpentarium son basura. ¡Basura!
—Baje la voz —rogó el director, mirando a izquierda y derecha.
—¡Y usted es la mayor de las basuras! Quiere sacar jugo de todo. Incrementando el morbo de una gente ávida de emociones fuertes.
—Limítese a obedecer, o en caso contrario le...
—No, McLeglan. No me despedirá. ¡Me largo! El North Platte, como bien dicen por ahí,
es el Hotel Infierno! ¡Adiós!
Mickey Kellerman acudió hacia el mostrador de recepción.
Dejando tras de sí a un John McLeglan con la boca abierta.
—Ralph...
—¿Sí, Mickey? —sonrió Moore, que había escuchado la

conversación.
—¿Puedes encargarte de que envíen mis cosas y la liquidación? Ya conoces mi pequeño apartamento.
—Seguro, muchacho. ¿Necesitas algo?
—No. Voy a seguir tu consejo. Ya sabes..., instalarme por mi cuenta. Montar un pequeño despacho de investigador privado.
—Te deseo suerte.
—Mickey...

Kellerman giró.
Enfrentándose a la encantadora Jessica.
—Hola, Jessica. Iba en tu busca.
—Yo... ¿no necesitas una secretaria particular?
—Te lo iba a proponer, Jessica.
Sonrieron al unísono.
Entrelazados por la cintura se encaminaron hacia la puerta de salida.
Dejaban atrás el Hotel Infierno.
Ahora iban en busca del paraíso del amor.

FIN